

EL TEATRO MODERNO



A. NAVARON

TRISTAN BERNARD
PETIT-CAFE

Ayuntamiento de Madrid

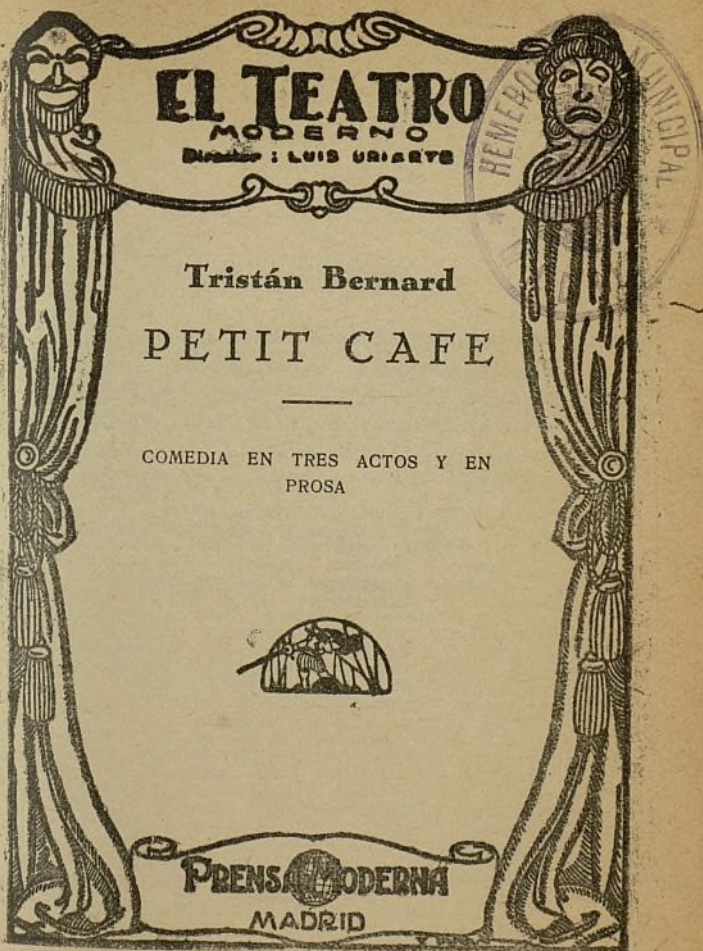


50
CTS



Año

Ayuntamiento de Madrid



AÑO VII

5 - XII - 1931

NÚM. 324

PERSONAJES

Berenguela Aquitania, Eduarda, Lina, Isabel, Jacoba Flirt, Teresa, Agata, Irma, Una señora, Amelia, Tirka, Mirka, Chirka, Rhirka, Una empleada, Alberto, Filiberto, Bigredón, Un oficial de cocina, Capricol, Maitre d'hotel, El general, Pezard, Miromé, Parroquiano 1.º, Un notario, Gastonnet, El cartero, Javier, Un reportero, Un parroquiano, El comisario, Somelier, Marcelo, Parroquiano 2.º, Un guardia, Cliente 1.º, Idem 2.º, Bouzin, Camarero 1.º, Idem 2.º

Derecha e izquierda, las del espectador.

Un caf
espectac
cocina
casi al
con su
botellas
cétera,
mará u
principa
cristales
trar en
los cris
color g
el toldo
preserv
toldo se
ralmente
Mesas y
derecha
se supo
la calle.
del café
15 cénti
Al levar
ocupand
al ajedr
Durante
ciones y
¡Llevo
repasanc
mostrad
café. M
cuadern
repiquet
dejan la
abrir y
cena Te
señor M

ACTO PRIMERO

Flirt,
Mirka,
Bigre-
El ge-
Gas-
ano, El
uardia,
n 2.º

Un café pequeño, amueblado con cierta elegancia. A la derecha del espectador, primer término, una puerta pequeña que da acceso a la cocina y dependencias interiores del establecimiento. A continuación, y casi al lado de esta puerta, un mostrador en forma de «comptoir», con su pupitre, etc., etc. En el extremo del mostrador, aparato con botellas de diversos licores: benedictino, chartreuse, kummel, coñac, etcétera, etc. El café hace esquina, y la decoración, por lo tanto, formará una especie de chaflán. Al foro izquierda, en ochava, la puerta principal de entrada al establecimiento, con su doble puerta fuera y cristales, a través de los cuales se pueda ver la gente antes de penetrar en el café. Toda la línea del foro figura dar a la calle, pero aquí los cristales estarán cubiertos en su mitad inferior por unas cortinas color gris o acero. La mitad superior de estos cristales dejarán ver el toldo a rayas fuertes, encarnadas y blancas, que estará echado para preservar el establecimiento de los rayos del sol. En el volante del toldo se leerá en grandes letras negras o azules: «Petit café». Naturalmente estas letras estarán puestas para que se lean desde la calle. Mesas y sillas ligeras convenientemente repartidas por la escena. A la derecha siempre del espectador, último término, pequeña puerta que se supone comunica con el portal de la casa y, por consiguiente, con la calle. Es mediodía. Verano, luz muy fuerte fuera. En los cristales del café grandes letreros diciendo: «Bock, 30 céntimos, Demi-bock, 15 céntimos.» Un calendario de pared con la fecha del 15 de mayo. Al levantarse el telón la sala del establecimiento estará llena de gente ocupando todas las mesas. La concurrencia juega a las cartas, al dominó, al ajedrez y a las damas. Otros consumidores hablan animadamente. Durante un par de minutos sólo se oír el run-run de las conversaciones y de vez en cuando frases sueltas: «¡Dominó! ¡Jaque al rey! ¡Llevo tres por una!», etc., etc. Teresa ocupará el mostrador y estará repasando cuentas. El señor Miromé, sólo, en la mesa inmediata al mostrador, contempla a los jugadores mientras saborea una taza de café. Momentos después de alzarse el telón, Teresa levanta los ojos del cuaderno, mira el reloj y apoyando la mano sobre un timbre, le hace repiquear largamente. Al oír el timbre, los jugadores sueltan las cartas, dejan las fichas, se levantan y van saliendo precipitadamente. En un abrir y cerrar de ojos, el salón queda vacío. Sólo permanecen en escena Teresa, que habrá vuelto a ensimismarse en sus cuentas, y el señor Miromé, que contempla con ojos asombrados la huida de los consumidores, que se alejan hablando animadamente.

Teresa y Miromé.

- MIR. (A Teresa.) Pero ¿qué ha ocurrido para que se marchen tan precipitadamente?
- TER. No, nada... Son los empleados de un almacén de aquí al lado que tienen que entrar en los talleres a las dos en punto. Hemos convenido que los avise tres minutos antes de la hora tocando el timbre. Así pueden jugar y aprovechar hasta el último instante.
- MIR. ¿Y se levantan sin concluir la partida?
- TER. Así está establecido. Cuando suena el timbre las jugadas no valen. ¡Ah! Hay muchos que se aprovechan.
- MIR. Parecen simpáticos esos muchachos... (Pausa.)
- TER. ¿No le hacen a usted el amor?
- MIR. ¡Bah! Prefieren jugar a las cartas y al dominó.
- MIR. ¿Qué quiere usted! Los jóvenes no están a la altura de las circunstancias.
- TER. ¿A la altura? ¡Ay! Tampoco los viejos suelen estar.
- MIR. (Pausa.) ¿No la cansa a usted estar todo el día en el mostrador?
- TER. No estoy todo el día... Ahora, dentro de un instante, me iré a almorzar con mi novio, que trabaja aquí cerca, en una cervecería... Y en tanto, me releva la hija del amo del café.
- MIR. ¿Es bonita la hija del amo?
- TER. ¡Preciosa! ¡Oh! Y está divinamente educada... Toca el piano y habla inglés, pero su padre quiere además que se ocupe del establecimiento a fin de que no se vuelva orgullosa... Como no tenemos más que un camarero... A propósito, ¿le espera usted para pagar? Le llamaré... (Llamando.) ¡Alberto! Siempre está metido en la cocina charlando con el oficial.
- MIR. ¡El oficial!
- TER. El oficial del fregadero... El que lava las tazas y los vasos. Alberto y él son íntimos amigos... Alberto es un buen muchacho, pero un poco

PETIT

MIR.
TER.
MIR.
TER.MIR.
TER.

MIR.

TER.

MIR.
TER.MIR.
TER.

ISABE

MIR.
ISABE

MIR.

ISABE

distráido... Se parece a esos pájaros que no tienen cerebro...

MIR. Sí, ya sé... Los gorrones.

TER. No... No se llaman así... Se llaman...

MIR. Pardillos tal vez.

TER. Tampoco. Se llaman..., se llaman... (*Queriendo hacer memoria.*)

MIR. El pardillo no tiene cerebro.

TER. ¡Cómo se llaman, señor!... En fin... Ya me acordaré. (*Llamando, se levanta Miromé y pasa al mostrador.*) Alberto... Lo dicho, no oye... Si quiere usted marcharse puede usted dejar aquí el importe.

MIR. Sí... Eso haré... Tengo que asistir a una sesión del Comité... Vaya, hasta la vista, señorita. (*Se dirige a la puerta de salida.*)

TER. ¡Que usted lo pase bien! (*Recordando de pronto.*) ¡Ah! ¡Chorlito! Cabeza de chorlito.

MIR. (*Volviéndose asustado.*) ¿Yo? ¿Qué he hecho?

TER. No, no... Es el nombre del pájaro que no recordaba...

MIR. ¡Ya! Sí..., sí... Es verdad... Adiós.

TER. Vaya usted con Dios.

Dichos e Isabel.

(*Al abrir la puerta para salir, entra Isabel. El señor Miromé se aparta galantemente para dejarla entrar. Isabel le mira, le reconoce y se dirige a él, tendiéndole la mano.*)

ISABEL. ¡Cómo! ¡Usted, señor Miromé!... ¿Qué tal?

¿No me conoce usted?

MIR. No recuerdo, señorita.

ISABEL. Soy la modista que iba tres días a la semana a casa de su hija... ¿Cómo está la señorita?

¿Pero no se acuerda usted? Isabel... Soy Isabel.

MIR. ¡Ah! Es verdad... Perdoneme usted... Soy tan corto de vista... Pero siéntese... Permítame usted que la invite a tomar alguna cosa.

ISABEL. Con mucho gusto. (*Va a tomar asiento en la*

- primera mesa del primer término izquierda.)
 MIR. Estaré unos momentos con usted, porque tengo que asistir a la reunión de un comité.
 ISABEL ¡Ah! ¿Y qué comité es ése?
 MIR. El comité de la Liga para la Regeneración de las jóvenes abandonadas... Soy el presidente, y no puedo faltar a las sesiones.
 ISABEL Muy bien.
 MIR. ¿Y en qué se ocupa usted ahora?
 ISABEL Pues ya ve usted... (*Vacilando.*) Trabajo... Ya lo creo que trabajo.
 MIR. ¿Pero siempre no trabajará usted?
 ISABEL Es verdad... Algunas veces voy al café con amigos; otras, al teatro...
 MIR. (*Severo.*) Me parece, amiguita Isabel, que usted no hace una vida muy regular.
 ISABEL ¡Bah! No hay que ser exigente, señor Miromé... Mi vida es perfectamente regular, salvo que me gusta, de vez en cuando, correr una juerguecilla... Eso sí... Siempre con amigos... No voy nunca con personas que no conozco... A no ser que tropiece con alguien que me guste... Pero desde el momento que me gusta..., ¡ya es un amigo!
 MIR. Ya..., ya... (*Pausa.*) Me entristece lo que me dice usted...
 ISABEL ¿Por qué?
 MIR. (*Paternal.*) Hubiera preferido saber que seguía usted trabajando honestamente. Esa vida no se sabe dónde la arrastrará a usted.
 ISABEL (*Quiriendo variar de conversación.*) Bueno... ¿Quiere usted que juguemos un poker? (*Coge el tablero y la baraja de la mesa foro izquierda y lo trae a la suya.*)
 MIR. Como usted guste... Pero tengo que irme en seguida.
 ISABEL Una partidita nada más... (*Llamando.*) ¡Alberto!
 TER. En seguida viene.
 ISABEL ¿No conoce usted a Alberto?
 MIR. Es la primera vez que vengo a este café.
 ISABEL Verá usted... Alberto es el camarero... Es un tipo extraordinario... Le vamos a hacer que nos

cuenta su historia. *(Llamando.)* ¡Alberto! *(Sale Alberto por la segunda derecha y queda junto al mostrador.)*

TER. Vamos, Alberto, vamos... Ya era hora... ¿Dónde estaba usted metido, hombre?

Dichos y Alberto.

ALBER. Estaba con el amo.

TER. ¿Y el amo?

ALBER. ¿El amo? Conmigo. *(Se dirige a la mesa de Isabel y Miromé.)* ¿Desean ustedes tomar algo?

ISABEL ¡Caramba! ¡Vaya si se hace usted esperar!

ALBER. Ya sabe usted que yo... acabo siempre por venir... ¿Qué va a ser?

ISABEL Vamos a ver, señor Miromé, ¿qué quiere usted?

ALBER. ¡Ah! Pero ¿no están ustedes decididos todavía?

ISABEL ¿Qué es eso?

ALBER. No, si no digo nada... Pero me regañan ustedes porque me hago esperar, y cuando vengo resulta que no saben ustedes lo que van a tomar... Me parece que podían haberlo pensado mientras me esperaban... Después de todo yo no tengo prisa. Son las dos de la tarde, y hasta las doce de la noche no cerramos. Además, que lo que ustedes beban no me quitará a mí la sed. *(Isabel le escucha sonriendo. Miromé, asombrado. Alberto se separa de la mesa y continúa hablando, dirigiéndose a Teresa.)* ¿Me preguntó usted antes dónde está el amo? Se lo diré en secreto. ¡Está vendimiando en la bodega!

TER. ¿Cómo? ¿Vendimiando?

ALBER. Sí. Ayer nos trajeron dos barricas de vino; pero como esta noche el río se ha desbordado, la bodega está llena de agua. ¡Claro! Las dos barricas se han convertido en tres.

ISABEL *(Que habrá estado discutiendo con el señor Miromé.)* Alberto..., dos *bocks*.

ALBER. ¿Dos *bocks*? En seguida. *(Gritando a la puerta de la cocina.)* ¡Dos *bocks*, dos! No valía la pena

- de estar pensando un cuarto de hora para pedir esto.
- TER. ¿Ha almorzado usted ya?
- ALBER. Sí. En la cocina.
- TER. Yo estoy aguardando que baje la señorita a relevarme. Mi novio me espera.
- ALBER. La señorita no se da prisa.
- TER. ¿Qué dice usted?
- ALBER. Digo: «La señorita no se da prisa».
- TER. Es que lo dice usted con un tono... Usted no quiere a la señorita.
- ALBER. No es precisamente que no la quiera, no... ¡Es que la odio!
- TER. ¡Jesús!
- ALBER. Ya la conoce usted. Se da unos aires de reina porque es la hija del amo y yo un triste camarero... Presume mucho. A ver si hay derecho para hacerle a usted esperar cuando sabe que tiene usted que ir a almorzar con su pobrecito novio... Y a propósito: ya que de su pobrecito novio se trata, ¿cuándo le parece a usted que le engañemos?
- TER. ¡Hombre! La verdad... No se me había ocurrido.
- ALBER. Nada, nada, pues no hablemos de ello. Pero, en fin, si algún día le da a usted la idea... No tenga usted reparo ni cortedad. Yo soy muy llanote.
- TER. ¡Usted es muy ansioso! ¿No tiene usted ya una amigueta?
- ALBER. ¿Quién se lo ha dicho a usted?
- TER. Usted mismo, que me aseguró que la había conocido inocente y pura. *(Sale el oficial de cocina con dos books.)*
- ALBER. ¡Ah! ¿Sí? ¿Lo he dicho yo?... Pues sí... Es verdad... Me adora... ¡Es inaguantable!
- TER. ¿Es joven?
- ALBER. Regular.
- TER. ¿Treinta años?
- ALBER. ¡Psch! Entre los treinta y los cuarenta y cinco.
- TER. ¿Y la conoció usted pura? Sería de nombre.
- ALBER. ¡Oiga usted! Que a mí no se me engaña tan fácilmente.

TER.
ALBETER.
ALBETER.
ISABE
ALBEISABE
ALBE
MIR.
ALBEISABE
ALBE
ISABE
ALBEISABE
ALBEMIR.
ALBE
ISABE
ALBE

- TER. ¡Bah!
- ALBER. No; si yo bien quisiera que Eduarda me engañase.
- TER. ¿Se llama Eduarda?
- ALBER. Si me engañase..., pues no tendría que guardarle ciertas consideraciones... ¡Porque es una fiera!
- TER. ¡Qué atrocidad!
- ISABEL (*Llamando.*) Alberto... ¿Y esos bocks?
- ALBER. ¡En seguida! ¡En seguida! (*Coge los bocks y los coloca en la bandeja.*) Nunca me acuerdo de que soy camarero... A lo mejor tengo que hacer unos esfuerzos de memoria... (*Lleva los bocks a la mesa.*)
- ISABEL Hace media hora que esperamos.
- ALBER. No me regañen. Tengan piedad de un inválido.
- MIR. ¿Inválido? (*Mirándole.*)
- ALBER. No; nada. Que no puedo andar de prisa. He estado algún tiempo sirviendo en casa de un señor que no tenía más que una pierna, y como compraba el calzado hecho, me regalaba siempre las botas que no usaba, que eran las del pie derecho. Naturalmente, yo me reuní con una colección de botas, todas del pie derecho, que había que usarlas. Mi pie derecho iba bien; pero el izquierdo... ¡Oh, el izquierdo! Y entonces adquirí este vicio de caminar despacio.
- ISABEL ¡Vaya, hombre; pues alíviese!
- ALBER. Tengo, además, otro pequeño defecto.
- ISABEL ¿Cuál?
- ALBER. Las costillas, ¿sabe usted? Tengo las costillas en sentido perpendicular... No me encuentro bien más que echado. ¡Ah! ¡Verdaderamente que yo no nací para camarero!
- ISABEL Cuento usted. Cuento usted.
- ALBER. ¿Mi historia? Ya la sabe usted. La he contado cien veces a los clientes del café.
- MIR. Pero yo es la primera vez que vengo aquí.
- ALBER. Vaya, pues se la contaré.
- ISABEL Sí, sí.
- ALBER. Verá usted. Recuerdo haber pasado mi niñez en un castillo rodeado de un parque inmenso, lleno de árboles. En el centro había un estanque; pe-

ro diez veces mayor que el lago del Bosque de Bolonia, con peces de colores y carpas enormes, gordas como una persona y doradas como un mariscal. Yo vivía con el jardinero. El castillo pertenecía al conde de Caspión, un aristócrata de rancia y linajuda nobleza. Su origen se pierde en la antigüedad. ¿Ven ustedes Carlomagno y Hugo Capeto? Pues más antiguo todavía. ¡Si ustedes hubieran visto el salón del castillo! Estaba lleno de retratos de los antepasados del conde... ¡Qué trajes! ¡Qué pelucas! ¡Parecía un baile de máscaras! El conde era un gran señor de barba blanca... No, no era blanca todavía... Gris... Era gris... ¡Ah! ¡Pero qué anciano tan bondadoso, tan venerable! Se parecía mucho a usted... (*Transición.*) ¿Creerán ustedes que a aquel viejo imbécil se le ocurrió la idiotez de dar la vuelta al mundo para hacer no sé qué exploración? El resultado de la exploración fué que no se volvió a saber de él, y un día el apoderado cerró el castillo y nos puso a todos en la calle. Yo entonces vine a París, y gracias a mi instrucción, inteligencia, educación y excelentes prendas personales, pude hacerme una posición como camarero de café, y de establecimiento en establecimiento llegué aquí, donde me recibió el amo de esta casa, el simpático señor Filiberto. ¡Ea! Ya conocen ustedes mi historia y saben tanto como yo.

MIR. Le hemos hecho hablar mucho... Tome usted algo por mi cuenta.

ALBER. No me gusta la cerveza de esta casa; pero no quiero despreñar a ustedes... Beberé un *bock*. (*Dirigiéndose al mostrador.*) ¡Un *bock*, uno! (*Se acerca a Teresa.*) Acabo de ganarme un *bock* contando mi vida y milagros... Oiga usted... Mientras estuve almorzando, ¿no se fijó usted si vino a buscarme Eduarda?

TER. ¿Eduarda?

ALBER. Sí; mi novia... La cantante.

TER. ¡Ah! Pero ¿ahora resulta que esa señora inocente es cantante?

ALBER. ¡Toma! Creí que se lo había dicho a usted... Es cantante húngara... Dirige un sexteto de muchachas, todas hermanas suyas. Por las tardes toca en la Exposición, y por las noches, en los restaurantes de moda.

TER. Pues no... No ha venido ninguna señora.

ALBER. Hace tres días que no la veo, y me da el corazón que me va a armar un escándalo... No crea usted que la echo de menos, no... ¡Demonio!... ¿No lo dije? ¡Ahí está! *(Pasa por delante del café Eduarda; se detiene en la puerta como vacilando y, por fin, se decide a entrar. Sale foro derecha.)*

TER. ¿Quién?

ALBER. ¡Ella!

TER. ¡Ya estará usted contento!

ALBER. No estoy muy contento cuando no la veo; pero estoy muy descontento cuando la veo... Es una mujer que me adora.

TER. ¿Qué más puede usted desear?

ALBER. Lo malo es que no puede verme sin refirme y hacer una escena.

TER. ¿Y por qué le hace a usted escenas? *(Entra Eduarda.)*

ALBER. No lo sé... Ni ella tampoco; pero necesita regañar... Es su modo de querer.

Dichos y Eduarda.

(Eduarda es una mujer de cuarenta años, pintada y vestida con elegancia algo exótica. Fisonomía dura, mirada dominante. Llevará una sombrilla en la mano, esgrimiéndola como si fuera un látigo.)

EDUAR. *(Tomando asiento al lado de una mesa situada en el segundo término izquierda.)* ¡Camarero! *(Con voz imperiosa.)*

ALBER. *(Se acerca, tímido y temeroso.)* ¿Qué... qué desea usted?

- EDUAR. (*En voz baja.*) Tres días sin aparecer... ¡Te odio !
 ALBER. (*Azorado e intranquilo.*) Sí..., sí... ; ya sé.
 EDUAR. ¿Qué es lo que sabes?
 ALBER. No ; nada... Pero cuando tú..., cuando usted...
 EDUAR. (*Rectificando imperiosamente.*) ¡Cuando tú !
 ALBER. (*Bajando el tono de la voz.*) Cuando yo... Digo :
 cuando tú...
 EDUAR. ¿Por qué no me tuteas?
 ALBER. Mujer... Hay gente.
 EDUAR. A mí no me importa la gente, ni a ti tampoco...
 Pero ya comprendo... (*Irónica.*) Tienes miedo
 a la señora del mostrador.
 ALBER. ¿Yo?
 EDUAR. ¡Sí..., tú !
 ALBER. ¿Que yo tengo miedo a la señora del mostrador?
 EDUAR. (*Rabiosa.*) ¡Es tu amante !
 ALBER. (*Riendo.*) ¡Hombre ! ¡Eso sí que tiene gracia !
 EDUAR. No... Esa voz es la voz de la inocencia... Pero
 aunque fueras culpable eres bastante listo para
 saber mentir... Oye... Te lo digo una vez más...
 Soy una mujer razonable y pacífica ; pero cuan-
 do me vuelvo loca, ya no sé lo que hago... Tú
 me has vuelto loca.
 ALBER. ¿Yo?
 EDUAR. Si me haces traición, si me engañas..., te mato
 de un tiro. Ya estás advertido.
 ALBER. ¡Oh ! No hay cuidado... Tengo la conciencia
 tranquila.
 EDUAR. Es que no esperaré a tener una prueba... ¡Con
 la sospecha me bastará !
 ALBER. Muy bien... ¿Qué va usted a tomar?
 EDUAR. ¡Déjame en paz ! Cuando no sabes qué contes-
 tar sales por ahí... ¿Qué va usted a tomar? (*Re-
 medándole.*) No sé por qué te quiero... ¡Es la
 fatalidad !
 ALBER. ¡Gracias !
 EDUAR. Gracias, ¿por qué?
 ALBER. No, no. Es que doy las gracias a la fatalidad.
 EDUAR. Te juro que si pudiera olvidarte... Pero no pue-
 do... No puedo... ¡Ah ! ¡Qué día nos uniremos
 para siempre ! (*Suspirando.*)
 ALBER. (*Distraído y sin entusiasmo.*) Si... ¿Qué día?

EDUAR. No lo sé. Tu posición es precaria, y yo no quiero ofrecerte a sostenerte, porque serías capaz de aceptar.

ALBER. *(Haciendo un gesto de protesta.)* ¡Nunca!

EDUAR. Sí... ¡Aceptarías! No quiero. Necesito estimarte. ¡Cuando mejores de suerte, nos uniremos para vivir juntos toda la vida!

ALBER. Bien, muy bien. ¿Qué va usted a tomar?

EDUAR. *(Remedándole.)* ¿Qué va usted a tomar? ¿Qué va usted a tomar? ¡No sabes decir más que eso!

ALBER. Es que soy camarero.

EDUAR. Dame... No sé qué tomar. Bueno; dame una copa de beneditino.

ALBER. Al instante. *(Va al mostrador, gritando:)* ¡Un beneditino, uno! *(Limpia la copa en el mostrador, prepara la bandeja, coge la botella, etc., etc.)*

TER. *(En voz baja a Alberto.)* ¿Qué? ¿Cómo va eso?

ALBER. *(Sin dirigir la mirada.)* No me dirija usted la palabra. ¡Me mataría! *(Teresa se echa a reír.)* ¡No se ría usted! ¡Me mataría! Mientras esté esa mujer aquí no respondo de mi existencia. *(Lleva el servicio a la mesa de Eduarda.)*

EDUAR. *(Señalando la copa.)* Bebe tú antes.

ALBER. *(Asombrado.)* ¿Por qué?

EDUAR. *(Trágicamente, señalando a Teresa.)* Esa mujer se entiende contigo, y no sé lo que habrá echado en la botella. Bebe tú antes para mayor seguridad.

ALBER. *(Dirige una mirada a su alrededor y acerca la copa a los labios. Después la coloca en el platillo y la aproxima a Eduarda, que la rechaza.)* Pero... ¿no bebe usted?

EDUAR. No. Si estuviera envenenado ese licor, con una víctima basta... *(Se levanta.)* ¿Cuándo te veré?

ALBER. No sé... ¿Sigue usted cantando en la Exposición?

EDUAR. Hasta las doce de la noche. Luego me retiro a casa con mi madre.

ALBER. ¡Ah!

EDUAR. ¿No se te ocurre más que eso? ¿No me preguntas cuándo volveré a verte?

ALBER. Sí... Sí... ¿Cuándo volveré a ver a usted?

EDUAR. *(Indignada, le dirige una mirada terrible.)* ¡Te

odio! (*Da media vuelta y vase precipitadamente.*)
 ALBER. ¡Cómo ha de ser! (*Se bebe la copa de un sorbo, recoge el servicio y se acerca al mostrador.*)

Dichos, menos Eduarda. Luego, el señor Bigredón.

ALBER. (*A Teresa.*) ¡Bueno! Ya me puede usted hablar. Ahora estoy disponible.

TER. Es una lapa, ¿eh?

ALBER. ¡Qué quiere usted! ¡Me adora! En cierto modo, esto me consuela de no ser amado en otras regiones.

TER. ¿Por quién?

ALBER. Por tres o cuatro mujeres que son otros tantos imposibles. Entre ellas figura una *cocotte* magnífica que vi en el Bosque cuando yo estaba allí de camarero. Una mujer que me humilló tratándome de muy mala manera. Y para que vea usted lo animalucho que es el hombre. Desde entonces la quiero con toda mi alma. Por eso justamente. Porque es un imposible. (*En este momento entra el señor Bigredón, que se sienta en la mesa del centro, en el primer término, y saca unos periódicos.*) ¡Ah! Aquí está el señor Bigredón... A ver, un té con leche, uno... Pero ahora que me acuerdo: yo tengo que beber mi bock... (*Coge el bock y se dirige a la mesa de Isabel y Miromé.*) ¡A la salud de ustedes! (*Bebe.*) Decididamente, es detestable la cerveza de esta casa. (*Bebiendo el bock de un sorbo. Coge el platillo del bock y lo coloca en la mesa de Isabel, llevándose el vaso. Sale el oficial con las cafeteras del té y la leche. A Teresa.*) Ahora prepare usted el té con leche para el señor Bigredón... Este hombre es un reloj... Viene todos los días a la misma hora a tomar su té con leche. Vida más aburrida que ésta... (*Lleva el té a Bigredón.*) Aquí tiene usted su té con leche, señor Bigredón. (*Con mucha finura.*)

BIGRE. ¿Y el amo?

ALBER. Está dentro.

BIGRE. Llámeme usted. Tengo que hablarle.

ALBER. En seguida. (*A Teresa.*) Voy a buscar al amo a la bodega. Diga usted: ¿me hará daño un vaso de vino encima de la cerveza?

TER. No creo que sea bueno.

ALBER. ¡Bah! Probaremos... ¡Ah! Ya llega su alteza real. (*Mirando a la primera derecha.*)

TER. ¿Quién?

ALBER. La hija del amo. La princesa de la limonada, que viene a relevar a usted.

Dichos y Lina, por la primera derecha.

LINA (*Entrando.*) Acabo de pasar por la cocina. (*A Al-
berto.*) Hace una hora que acabó usted de al-
morzar, y todavía no ha recogido el cubierto.

ALBER. Lo iba a quitar ahora, señorita. (*Aparte.*) Siem-
pre tiene que humillarme delante de la gente...
Pero no importa. (*Cambiando de tono.*) Es de-
cir... La verdad es que no sé si me importa...
o no me importa. (*Vase Alberto primera derecha.*
El señor Miromé se fija en el señor Bigredón.
*Teresa cede el mostrador a Lina; se pone el
sombrero, y al pasar por delante de los parro-
quianos hace una inclinación de cabeza y se va.*)

MIR. (*A Isabel, indicando al señor Bigredón.*) Diga
usted... ¿Sabe usted quién es aquel señor? Me
parece que le conozco.

ISABEL No; usted no le conoce.

MIR. ¿Quién es?

ISABEL Un agente de negocios; pero, ¿sabe usted?, de
toda clase de negocios.

MIR. Negocios sucios, vamos.

ISABEL Justamente. Por eso le digo a usted que no le
conoce. (*Sale Filiberto por la primera derecha.*)

¡Ah! Mire usted. Ese que viene ahí es el due-
ño del café: el señor Filiberto.

Lina, Isabel, Miromé, Bigredón y Filiberto.

- FILIB. (A Lina.) ¿Diste tu lección de piano?
 LINA (Sentada en el comptoir.) Sí, papá.
 FILIB. ¿Qué te ha hecho tocar el profesor?
 LINA Música de Schumann.
 FILIB. ¿De quién?
 LINA De Schumann.
 FILIB. ¡Ah! (Sin comprender; pero queriendo darse por enterado. Pausa.) ¿Estuvo el profesor la hora entera?
 LINA Sí, papá.
 FILIB. ¿Qué te enseñó la profesora?
 LINA ¡Hemos traducido a Shakespeare!
 FILIB. ¿Cómo?
 LINA A Shakespeare.
 FILIB. ¡Ah! ¡Ah! (Pausa.) ¿Estuvo su hora entera?
 LINA Sí, papá.
 FILIB. Muy bien. (Avanza hacia la mesa de Bigredón.)
 BIGRE. Buenos días, señor Bigredón. (Sentándose.)
 BIGRE. Muy buenas, señor Filiberto. Le he llamado a usted porque tengo que decirle...
 FILIB. ¿Ha visto usted qué hija más guapa tengo?
 BIGRE. Sí, sí... Muy guapa... Pues verá usted, quería...
 FILIB. (Sin hacerle caso y mirando a Lina.) Estudia mucho. Ella me dice unos nombres que yo no conozco; pero son cosas muy elegantes. Piano... Inglés...
 BIGRE. Escuche usted... Tengo que hablarle de un asunto maravilloso, extraordinario...
 FILIB. ¿Extraordinario? ¿De qué se trata?
 BIGRE. Se trata de Alberto, el camarero. (En este momento Isabel se levanta y dirigese al mostrador, preguntando allí, por señas, a Lina, dónde está el gabinete de toilette. Lina le contesta, indicándole la puertecilla primera derecha. Isabel da gracias, y hace mutis por la puerta primera derecha. Todo esto rápido y natural. Escena mimica.)
 FILIB. (Levantándose.) ¡Hombre! Ahora que me habla

usted de Alberto... Le he dejado solo en la bodega.

BIGRE. *(Sujetándole.)* Déjele usted.

FILIB. ¿Que le deje? ¡Cómo se conoce que el vino no es de usted!

BIGRE. Pero espere usted... *(Obligándole a sentarse.)*
¿Sabe usted lo que le sucede a Alberto, el camarero?

FILIB. ¿Qué?

BIGRE. Pues que hereda ochocientos mil francos.

FILIB. ¿Qué dice usted?

BIGRE. Parece ser que Alberto se crió y educó en el castillo del conde de Caspión.

FILIB. Sí; ya lo sé... Bastante nos ha aburrido contándonos esa historia.

BIGRE. Auténtica, amigo mío... El conde de Caspión se fué hace unos cuantos años a dar la vuelta al mundo, y ha sufrido un percance... Ha muerto... Creo que se le han merendado los caníbales en Africa, porque no se ha encontrado ni cuerpo, ni ropa, ni siquiera el casco de fieltro que llevaba el difunto. Los caníbales son gentes de buen apetito. Sólo dejaron la cartera.

FILIB. ¡Hombre! ¡Son honrados los caníbales! *(Isabel vuelve a salir, y toma asiento en la mesa con el señor Miromé, continuando la partida de cartas.)*

BIGRE. No; es que no les gusta la piel de Rusia. En esa cartera...

FILIB. Había un testamento, como si lo viera.

BIGRE. Y en ese testamento, el conde deja ochocientos mil francos de herencia a Alberto. Debía ser hijo suyo.

FILIB. ¡Vaya, hombre! ¡Pues se lo voy a decir a Alberto! ¡Qué contento se va a poner!

BIGRE. ¿Adónde va usted? No hay que decir nada. *(Se levantan.)*

FILIB. ¿Por qué?

BIGRE. Usted debe aprovecharse... Mejor dicho: debemos aprovecharnos de la noticia.

FILIB. ¿Aprovecharnos? ¿Cómo?

BIGRE. Muy fácilmente. Alberto no sabrá una palabra

hasta dentro de una hora. Yo me he enterado de todo en casa del notario. El notario del conde le acaba de enviar una carta certificada notificándole las cosas, y esta carta la recibirá Alberto en el próximo reparto, dentro de tres cuartos de hora. Antes que llegue es preciso que nosotros urdamos un negocio para apropiarnos de doscientos mil francos de los ochocientos mil que va a heredar.

FILIB. ¡Doscientos mil francos!

BIGRE. Sí, hombre. Traigo el plan ya combinado.

FILIB. Señor Bigredón... (Pausa.) ¿Qué picardía es ésa?

BIGRE. Verá usted... (Se sienta.) Va usted a asegurarse los servicios de Alberto, como camarero, por veinte años, pagándole un sueldo de cinco mil francos anuales.

FILIB. ¡Cinco mil francos al año! Pero ¿usted cree que soy yo el que ha heredado?

BIGRE. No me entiende usted.

FILIB. Ni falta.

BIGRE. Señor Filiberto..., ¿sabe usted lo que es un ceporro?

FILIB. No, señor.

BIGRE. ¡Bueno! Ya se lo explicaré otro día. Piense usted..., pedazo de... señor Filiberto, que ese camarero, en cuanto tenga ochocientos mil francos suyos, lo primero que hará será entregar a usted el delantal.

FILIB. ¿Y a mí qué?

BIGRE. Pues que yo he redactado este contratito, en el que se dispone que si Alberto abandona su puesto tendrá que pagar a usted una indemnización de doscientos mil francos. En resumen: usted le hace firmar un contratito obligándole a que durante veinte años le sirva a usted aquí de camarero, y le garantiza usted un sueldo de cinco mil francos anuales, con una indemnización de doscientos mil si cualquiera de ambas partes falta a lo estipulado. Este contrato lo firmamos ahora mismo con fecha atrasada. Dentro de una hora Alberto recibirá la noticia de que ha heredado, y como, naturalmente, no querrá seguir siendo

PETIT C

FILIB.
BIGRE.
FILIB.

BIGRE.

FILIB.

BIGRE.

FILIB.

BIGRE.
FILIB.
BIGRE.

FILIB.

BIGRE.

FILIB.

BIGRE.

FILIB.

camarero, le dará a usted los doscientos mil francos convenidos, y hemos hecho la jugada. ¿No le parece a usted un negocio maravilloso? (Pausa.)

FILIB. ¡Es una canallada!

BIGRE. Pero... ¿duda usted?

FILIB. Le diré a usted. Yo dudo siempre que se trata de hacer una canallada, hasta que a fuerza de reflexionar y de dar vueltas a la cosa, me convenzo de que ya no es una canallada... Acabo por convencerme siempre, sobre todo si me conviene.

BIGRE. Bueno, pero reflexione usted deprisa, porque nos quedan veinte o veinticinco minutos escasamente.

FILIB. No, si ya está. ¿Ve usted? Ya he reflexionado. Cuando reflexiono, no necesito reflexionar. Digo: «¡Reflexionemos!» Y basta.

BIGRE. Mande usted venir a Alberto para proponerle el negocio. (Se levanta y sube a la mesa del segundo término derecha.)

FILIB. Sí, sí... (Pausa.) Oiga usted... Me parece que es un poco excesiva la indemnización de doscientos mil francos. Tengo ciertos escrúpulos.

BIGRE. ¿Escrúpulos?

FILIB. Escrúpulos, sí, señor. Temo que no acepte.

BIGRE. ¡No ha de aceptar! Si él no sabe nada... ¡Pues menuda fortuna representa para él la seguridad de estar en una casa veinte años, ganando cinco mil francos! Se volverá loco. Lo mismo firma doscientos mil francos que cuatrocientos mil.

FILIB. Sí, eso es verdad... (Pausa.) Entonces..., ¿le parece a usted que pongamos cuatrocientos mil francos?

BIGRE. No, no... Doscientos mil francos está bien. Es el doble del sueldo de veinte años. Es una cifra muy justa y razonable.

FILIB. Voy a llamarle. Además que estoy seguro que me está bebiendo el vino.

BIGRE. Tanto mejor. Si sube con dos copas el negocio va a ser coser y cantar.

FILIB. (A Lina.) Oye, Lina... Toca el timbre para que suba Alberto. (Lina hace sonar el timbre.)

BIGRE. Voy a añadir unas cuantas líneas de explicación. *(Se sienta a escribir en la mesa del segundo término izquierda.)*

FILIB. *(Viniedo del mostrador a la mesa del señor Brigredón.)* Señor Brigredón... ¡Es una canallada!

BIGRE. ¡No, hombre, no!

FILIB. No; si yo ya he reflexionado, pero... *(Fijándose en la primera derecha.)* ¡Ah! Ya viene... ¡Dios mío! ¡Esos pasos son de un hombre que no anda derecho!

Dichos y Alberto.

(Alberto aparece en el umbral de la primera puerta derecha, un mechón de pelo cae sobre su frente, titubea al hablar y a duras penas se sostiene en pie. Hace esfuerzos supremos para disimular la borrachera. Dirigese al público.)

ALBER. ¡No! Sería inútil negarlo... He bebido... He bebido demasiado... No había ningún vaso en la cueva y he tenido que beber directamente del tonel... Y cuando se bebe por la espita..., ¡claro! No se sabe si es un vaso o un litro... Menos mal que el amo ha añadido mucha agua... Si no, seguramente me hubiera emborrachado. Pero no hay nada de eso. Yo no me emborracho nunca. Nadie puede decir que me ha visto borracho... Cuando yo conozco que estoy borracho me voy a acostar... Hoy ni estoy borracho ni puedo acostarme. ¡Ah! ¡El trabajo! ¡El maldito trabajo!

BIGRE. *(Acercándose a Alberto.)* Alberto...

ALBER. *(Tratando de disimular la borrachera.)* Aquí estoy. Se le reconoce, caballero; sé perfectamente quién es usted.

BIGRE. Vamos a ver, Alberto. Su amo, el señor Filiberto, me ha encargado que le diga a usted una cosa.

ALBER. ¡Que me eche!

BIGRE. ¡Nada de eso, hombre!

ALBER. Aquí, entre los dqs, reservadamente..., le con-

fesaré a usted que sí... He bebido un litro de vino... Quizá dos litros... No lo sé, porque no había vaso...

BIGRE. Bueno, bueno... Eso no tiene importancia... Verá usted... El señor Filiberto quiere hacer a usted una proposición... Primero le aumentará el sueldo...

ALBER. Muy bien... Se lo permito. (*Tambaleándose.*)

BIGRE. El señor Filiberto reconoce que usted es un hombre inteligente...

ALBER. No es posible...

BIGRE. ¿Qué, no es usted inteligente?

ALBER. ¡Muchísimo! Soy una de las grandes inteligencias del barrio, pero el señor Filiberto no lo podrá reconocer... Es un ganso el señor Filiberto. ¿He dicho ganso?... Sí... Eso es... Un ganso.

BIGRE. Mire usted, Alberto... Su amo está muy contento de usted y me ha dicho: «No quiero que se vaya de mi casa este camarero... Voy a darle cinco mil francos de sueldo al año...»

ALBER. No está mal.

BIGRE. Pero con la condición de que firmemos un contrato que le obligue a permanecer aquí veinte años.

ALBER. ¡Perfectamente!

BIGRE. Si alguno de los dos faltase a lo convenido, habrá de abonar una indemnización. ¿No es justo?

ALBER. ¡Muy justo!

BIGRE. Como eso no ha de ocurrir nunca, porque el contrato es ventajosísimo para Alberto, fijaremos la indemnización en una cantidad crecida... Por ejemplo: doscientos mil francos.

ALBER. ¡No! (*Con gran energía.*)

BIGRE. ¿Le parece a usted mucho?

ALBER. No, señor... Es muy poco... Ya que me asegura ese sueldo durante veinte años, acepto, pero yo no me comprometo nunca a la ligera. Suponga usted que mañana se levanta de mal humor el señor Filiberto y me pone de patitas en la calle, despachándome con doscientos mil francos... ¡Es una miseria! ¡Hay que poner quinientos mil!

- BIGRE. No puede ser. Perjudicaría la validez del contrato. ¿No ve usted que es una cifra inverosímil?
- ALBER. Bien, bien. Entonces pongamos doscientos francos.
- BIGRE. No, hombre, no... ¡Doscientos mil! ¡Doscientos mil!
- ALBER. Sí, eso es. Doscientos mil francos... ¿Cuándo firmamos?
- BIGRE. Ahora mismo... Este es el contrato... Aquí tengo la pluma. (Se dirige al velador de la primera derecha.)
- ALBER. ¿Firmo con todos mis nombres?
- BIGRE. Como usted tenga costumbre.
- ALBER. Es que... nombre no tengo más que uno..., Alberto... Y apellidos sólo uno, el materno..., Lloriflán... Alberto Lloriflán...
- BIGRE. Firme usted aquí... (Alberto firma.) Y ahora aquí.
- ALBER. ¿Otros veinte años?
- BIGRE. No, hombre... Este es el duplicado...
- ALBER. Ya está. (Firmando.)
- BIGRE. (Llamando.) Señor Filiberto. (Sube a la mesa segunda derecha, donde está Filiberto. Este firma a su vez los contratos.)
- LINA ¡Alberto!
- ALBER. Voy. (Aparte.) ¡A que me va a regañar otra vez la señorita! No. Lo que es si voy a estar sufriendo sus humillaciones veinte años... Debí haber puesto en el contrato que no me tendría que humillar más.
- LINA (Incomodada.) ¿Está usted sordo?
- ALBER. ¿Qué manda usted? (Anda procurando ir derecho.)
- LINA No quisiera decírselo delante de los parroquianos, pero ya estoy harta... Se ha empeñado usted en no poner nunca los platillos del azúcar en su sitio. Esta misma noche le daré a usted la cuenta y se irá usted a la calle.
- ALBER. Dificilillo va a ser eso.
- LINA ¿Cómo se entiende?
- ALBER. ¿No estamos hoy a quince de mayo?
- LINA Sí, señor.

ALBER. Quince de mayo de mil novecientos doce, ¿no es así?

LINA ¿Qué quiere usted decir?

ALBER. Quiero decir que... ¡Aguarde usted que calcule! Justo... Quiero decir que el quince de mayo de mil novecientos treinta y dos, a esta misma hora, abandonaré la casa... De aquí a entonces puede usted ir buscando quien me sustituya.

LINA Está usted borracho, y ahora mismo le voy a dar la cuenta. Se le deben a usted cuarenta y cinco francos. Aquí están. *(Poniendo el dinero en el mostrador.)*

ALBER. No es eso. *(Con mucha tranquilidad.)*

LINA ¿Cómo que no?

ALBER. Señorita... Si lo que quiere usted saber es mi cuenta exacta, la diré que suma en total doscientos mil cuarenta y cinco francos.

LINA *(Gritando.)* ¡Papá!

BIGRE. *(Acercándose a Alberto.)* Aquí tiene usted su contrato firmado. *(Se lo entrega.)*

ALBER. ¡Mil gracias!

FILIB. *(A Lina.)* ¿Qué quieres?

LINA ¡Papá!... Haz salir de aquí a ese hombre inmediatamente. Se burla de tu hija. Le he despedido.

FILIB. ¿Cómo? No puede ser. ¿Qué sucede?

ALBER. Sucede que la señorita me despide porque se me ha olvidado colocar los platillos. Yo le he dicho que no estoy dispuesto a marcharme hasta dentro de veinte años. Ha querido darme la cuenta y la he reclamado doscientos mil francos.

LINA Ya lo ves. ¡Está borracho!

ALBER. Señor Filiberto, ruego a usted diga a su hija que no insulte al camarero del café.

FILIB. ¡Vamos! ¡Vamos! Eso no tiene importancia. Déjale tranquilo. Ya te explicaré por qué.

LINA Pero papá...

FILIB. Ya te explicaré.

ALBER. *(Con el contrato en la mano, muy satisfecho.)*
¡Lo que es ahora no me dejaré pisotear! *(Entra el cartero por la puertecilla del fondo derecha.)*

Dichos y el Cartero.

- ALBER. (*Muy incomodado regaña al cartero.*) ¿No sabe usted que no se puede entrar por esa puerta? Se entra por la otra. ¿Qué va a ser esto?
- CART. ¿Qué más da? Traigo un certificado.
- ALBER. El cartero entra por el portal y pregunta a la portera.
- CART. La portera me ha dicho que el señor Alberto Loriflán vive aquí.
- ALBER. (*Transición.*) ¡Ah! ¿Pero es para mí?
- CART. ¿Se llama usted Alberto Loriflán?
- ALBER. ¡Desde ocho días después de nacer! (*Coge el sobre y lo lee.*) Michú, notario... ¿Qué trae esta carta? (*Al cartero.*)
- CART. ¡Yo que sé!... A mí conque firme usted el recibí en este libro... ¡en paz! (*Filiberto, después de hablar con Lina, sube al foro a reunirse con Bigredón. El cartero entrega libro y pluma a Alberto.*)
- ALBER. Pues señor... Nunca he firmado tanto como hoy. (*Se dispone a firmar en la primera mesa de la derecha, pero de repente se detiene mirando el sobre de la carta.*) Pero ¿qué habrá dentro de esta carta? (*Firma.*)
- CART. (*Cogiendo la libreta y leyendo la firma.*) Alberto Lori...
- ALBER. Flan. Aguarde usted. Se me ha caído el flan. (*Medio mutis cartero.*) ¡Ah! No se vaya usted, cartero... (*Pasando al centro.*) Ya sé lo que es. Es una indemnización de quince francos que he pedido a la Compañía del ferrocarril por haberme estropeado mi bicicleta... Sí, sí. Eso es. Si me mandan aquí los quince francos le regalo a usted veinte céntimos, cartero... ¿Oye usted? Veinte céntimos para usted. En la vida le habrán dado a usted veinte céntimos por una carta. (*Abre la carta, la lee, se pasa la mano por los ojos, vacila un instante como si fuera a caerse.*) ¿Eh? ¿Qué es esto? ¡Dios mío! ¡Qué borracho es-

MIR.

ALBE

CART
ALBE

FILIB

BIGH
ALBE

toy !... Pero... no..., no puede ser... *(Se lleva la mano a la garganta como si no pudiera tragar, coge el bock de cerveza del señor Miromé y bebe un trago. El señor Miromé se escandaliza.)*

MIR. Hombre, muy bien. Ya está usted trayendo otro bockk.

ALBER. *(Solemnemente.)* Sí, señor. ¡Por mi cuenta ! Yo le pago, ¿sabe usted? ¡Tengo ochocientos mil francos ! No son veinte céntimos lo que doy. Son veinte francos. *(Abraza al cartero y le da dos besos.)* ¿Tienes mujer? ¿Hijos?

CART. Tres.

ALBER. Son pocos. Procura tener otro y toma veinte francos. Darás tres a cada uno de tus hijos, y lo que sobra a tu mujer, que bien se lo ha ganado. *(Loco de alegría va corriendo adonde está Isabel y la besa, luego besa a Morimé, a Bigredón, a Filiberto; se detiene delante del mostrador, y no atreviéndose a besar a Lina, vuelve a besar a Filiberto, diciéndole:)* ¡Para la señorita ! *(Lina se encoge de hombros despreciativamente y vase primera derecha.)* Lea usted. Lea usted esto, señor Filiberto. *(A Bigredón.)* Lea usted, mi simpático parroquiano. *(Le da la carta del notario.)* ¡Entérense ! Entérense bien, que vale la pena. *(Entran un caballero y una señora por la puerta del chaflán.)* ¡ Ah ! Aquí tenemos unos parroquianos. *(Alberto se dirige a los recién llegados y los besa y abraza.)* ¡ No ! No se enfaden ustedes. Hoy son mis días. Aquí todo es de balde. ¡ Todo ! Pueden ustedes pedir lo que quieran, convidar a la señora a lo que guste. Yo pago, yo. ¡ El camarero ! *(Toda esta escena habrá sido muy rápida.)*

FILIB. *(Devolviéndole la carta.)* Vaya, pues le felicito a usted. Es una fortuna.

BIGRE. Yo lo celebro muchísimo.

ALBER. ¡ Si es estupendo lo que me pasa ! ¡ Verdaderamente soy un hombre extraordinario ! *(Al oficial, que se asoma a la primera derecha.)*

Dichos y el Oficial de cocina.

ALBER. ¡Ah! Ven tú, príncipe del estropajo. A ti no te he besado. (*Le da un beso en la frente.*) ¡Te acaba de besar un hombre que tiene ochocientos mil francos de capital!

OFIC. (*Asombrado.*) ¿Qué dices?

ALBER. Que he heredado ochocientos mil francos. ¡Ahora sí que me voy a dar la gran vida!... Voy a buscar a aquella *cocotte* tan guapa que me insultó en el bosque. La conquistaré. Me compraré un automóvil eléctrico, un *smoking* y una flor para el ojal. Me pasearé todo el día con zapatos de charol y... (*Hace ademán de ponerse unos guantes y se detiene de pronto.*) No; guantes no me pondré porque me molestan, pero llevaré siempre un par sin estrenar en la mano para agitarlo así. ¡Ah! Lo que sí ruego a todos es que no digan nada de esto a una cantante húngara que suele venir a verme. Cuando venga díganla que me he ido lejos, muy lejos. ¡A América!... ¡Al Japón!... (*Pausa. A Filiberto.*) Bueno, excuso decir a usted, mi querido Filiberto... (*Tratándole con confianza.*), que yo no le dejo a usted colgado. Seguiré en la casa hasta que busque usted otro camarero. Me quedará hasta esta noche... ¿Eh?

FILIB. (*Muy fino.*) De ninguna manera, querido Alberto... Si usted quiere puede recobrar su libertad ahora mismo. ¡No faltaba más!

ALBER. Es usted muy amable... Ya sabe usted que tengo que cobrar hasta el día de hoy cuarenta y cinco francos: pero dada mi nueva situación, yo soy hombre capaz de regalárselos. Comprará usted una chuchería cualquiera a su hija.

FILIB. No, no... Las cuentas deben ser claras... Yo le adeudo a usted cuarenta y cinco francos... Perfectamente... Usted los deducirá de los doscientos mil.

ALBER. (*Como si despertara de un sueño y después de una pausa.*) ¿De los doscientos mil?

FILIB. ¡Claro! Si usted deja la casa es lógico que debe pagar la indemnización convenida.

ALBER. *(Otra pausa y con tono conciliador.)* ¡Vamos! ¡Vamos! Eso no es posible. *(Acercándose a Bigredón.)* ¿Verdad que no es posible, señor Bigredón?

BIGRE. ¿Qué?

ALBER. Eso no puede ser... Si yo hubiera sabido antes lo que me iba a pasar no hubiera firmado... ¡No, no! Es imposible... Usted no me reclamará esa suma, señor Filiberto.

BIGRE. ¡Pues usted bien la reclamaba cuando quisieron echarle!

ALBER. ¡Dar doscientos mil francos! ¡Qué locura!

BIGRE. Tiene usted ochocientos mil.

ALBER. Pero es que si doy los doscientos mil, ya no me quedarán más que seiscientos mil... ¡Oh! ¡Jamás! Necesito mis ochocientos mil francos... Vamos... He hecho mi presupuesto y... vamos, que no puedo vivir con menos de ochocientos mil francos.

BIGRE. Amigo mío, no tendrá usted más remedio que pagar la indemnización a su amo, a no ser que se decida usted a continuar sirviendo de camarero.

ALBER. Yo no tiro así como así doscientos mil francos... ¡Me daría mucha pena!

BIGRE. Pues siga usted siendo camarero.

ALBER. *(Pausa. Mira a Bigredón y a Filiberto. Después, fingiendo tranquilidad, pero con rabia contenida.)* Está bien... *(Pausa.)* Señor Filiberto... Lo he pensado... *(Pausa. Todos creen que va a acceder.)* El oficio me gusta y me daría mucha pena dejar la casa. ¡Me quedo! *(Bigredón se sienta de golpe. Alberto se aleja y se sienta al lado del velador de primera derecha.)*

FILIB. *(Estupefacto.)* ¡Ah! *(Se acerca a Bigredón.)* Ya lo oye usted... Se queda a mi servicio... Ahora voy a tener que darle cinco mil francos de sueldo por espacio de veinte años. ¡Valiente negocio me ha proporcionado usted! *(Furioso.)*

BIGRE. Créame usted a mí... Esa es la rabia de los pri-

meros momentos. Ya lo pensará mejor. Un poco de paciencia.

ALBER. *(Bajo al oficial de cocina, que habrá estado preparando vasos y platillos en el mostrador.)* Tengo un plan... Ya verás... Voy a hacer que me echen a fin de que sea el amo el que tenga que pagarme los doscientos mil francos... Ahora que yo soy un hombre honrado... ¡No se los exigiré! Con no tener que darlos yo, me consideraré satisfecho... *(Entran momentos antes en escena Marcelo y Amelia, que ocupan la mesa segundo término izquierda.)*

Dichos, Amelia y Marcelo.

MARC. *(A Amelia.)* ¿Qué quieres tomar?

AMEL. Una copita de curasao.

MARC. *(Llamando.)* ¡Camarero! *(Alberto se habrá sentado cómodamente en primer término y desdoblado un periódico. Filiberto en el mostrador.)*

FILIB. Alberto... Sirva usted en aquella mesa.

ALBER. *(Sin volver la cabeza ni levantarse. Coge una paja de tomar refrescos.)* No puedo ahora.

FILIB. *(Poniéndose en pie.)* ¡Cómo se entiende! ¡Vaya usted a servir!

ALBER. *(Mirando el periódico.)* No... Estoy fatigadísimo.

FILIB. *(Acercándose asombrado.)* ¿Qué le pasa a usted? *(Alberto sopla la paja y da a Filiberto con la funda de papel en la cara.)*

ALBER. Me pasa, papá Filiberto, que estoy cansado... Si hay que servir a alguien moléstese y sirva usted.

ISABEL *(Riendo.)* Pero ¿oye usted, señor Miromé? ¿Oye usted cómo contesta al dueño? Esto no se ve todos los días.

FILIB. *(Conteniéndose.)* Alberto..., ¿quiere usted servir a los parroquianos?

ALBER. Papá Filiberto..., ya he dicho que no. *(Repiñendo el juego de la paja.)*

FILIB. ¡Alberto!... ¡Por última vez!... ¿Va usted a servir?

- ALBER. Es inútil... Tiene usted que molestarle... ¡Sirvales! ¡Sirvales!
- FILIB. Mire usted que lo que está haciendo es muy grave. Le mando a usted que vaya a servir.
- MARC. Vamos, camarero, obedezca usted.
- ALBER. No haga usted esperar a los clientes, Filiberto... Ya ve usted que se impacientan.
- FILIB. (*Amenazador.*) ¡Ah! Sí... Bueno, pues ahora mismo...
- ALBER. (*Con ansia.*) ¿Qué?
- FILIB. (*Transición.*) Yo les serviré.
- ALBER. (*Sigue leyendo.*) Muy bien... Así debe ser.
- FILIB. (*Coge un servicio y, al pasar por delante de Bigredón, le habla en voz baja.*) ¿Lo ve usted? ¡Es insostenible!... Yo no puedo aguantar esto.
- BIGRE. ¡Paciencia! ¡Un poco de paciencia!... Todo se arreglará. (*Entran el Parroquiano 1.º y el Parroquiano 2.º, que ocupan la mesa del centro primer término.*)

Dichos, Parroquiano 1.º y Parroquiano 2.º

- PAR. 1.º ¡Mozo! Un café y una copa de coñac.
- ALBER. (*Volviéndose ligeramente.*) ¡Filiberto!
- FILIB. ¿Qué hay?
- ALBER. (*A los parroquianos.*) El dueño de este café es una excelente persona. Ya lo ven ustedes... Le tengo domesticado «a la mano». (*Gesto de asombro de los parroquianos.*)
- FILIB. ¿Tampoco quiere usted servir ahora?
- ALBER. (*Cambiando de idea y levantándose.*) Hombre, sí... Para que vea usted quién soy yo. Voy a servirles. (*Se dirige al mostrador, coge una copa grande y otra pequeña. Las lleva a la mesa y sirve en la copa pequeña café y en la grande coñac. Filiberto, que le observa, tiembla de indignación.*)
- FILIB. (*Viéndole servir.*) ¿Qué hace?
- ALBER. Sirvo a usted el coñac en copa grande porque nos sale muy barato. Es una fabricación especial de esta casa. Lo hacemos con alcohol de made-

- ra y extracto de suelas de zapatos. En cambio café echo poco porque está fabricado con tabaco de colillas y es perjudicial para la salud.
- FILIB. *(Abalanzándose a la mesa y recogiendo las copas, que sustituye por otras.)* Ustedes perdonen. Este hombre está borracho. *(A Bigredón.)* Pero ¿no ve usted?... Yo no puedo más.
- BIGRE. Venga usted conmigo. *(Salen juntos Bigredón y Filiberto por la puertecilla que da al portal.)*
- PAR. 1.º ¡Es inconcebible!
- PAR. 2.º ¡Se debe de haber vuelto loco!
- PAR. 1.º ¡Y el amo se lo tolera!
- PAR. 2.º Siento tener que marcharme, porque es muy divertido
- PAR. 1.º Yo tengo cita con Pezard en la cervecería de enfrente... Voy a traerle aquí para que se ría un rato. *(Ambos se levantan para marchar.)*
- PAR. 2.º *(Al salir. A Alberto.)* Usted no tiene miedo al dueño, ¿eh? *(Mutis puerta chafalán.)*
- ALBER. *(Sentado.)* ¿Qué quieren ustedes?... ¡Domesticado! Está domesticado.

Isabel, Miromé, Alberto, el Oficial de cocina. Lina vuelve a ocupar el mostrador.

- OFIC. *(Entra precipitadamente y habla en voz baja a Alberto.)* ¡Chico! ¡Chico!... Lo que acabo de oír.
- ALBER. ¿Qué? Habla.
- OFIC. Ya te puedes preparar. El amo ha estado hablando con el señor Bigredón delante de la ventana de la cocina. El señor Bigredón decía: «Vamos ahora mismo a avisar al notario, que levantará acta de lo que sucede. El resultado será igual, porque lo hace a propósito para que le despidan, puesto que con su conducta le coloca a usted en el caso de que le eche...» Y ahora están en casa del notario.
- ALBER. ¿En casa del notario?
- OFIC. Sí. El que vive en el entresuelo.

ALBER. ¡Ah! Es verdad.

OFIC. Conque ya lo sabes. Andate con cuidado.

ALBER. Bueno, bueno. ¡Ahora verán!

Dichos, Parroquiano 1.º y Pezard.

PAR. 1.º (*A Pezard.*) Estaremos aquí mejor que en la cervecería... Y además pasarás un buen rato... ¿No has venido nunca a este café? Fíjate en el mozo.

PEZAR. ¿Qué tiene de particular? (*Mirándole.*)

PAR. 1.º Es un tipo extraordinario. Verás qué manera de contestar al dueño. Para eso te he traído.

ALBER. (*Acercándose.*) ¿Qué desean los señores?

PAR. 1.º No lo hemos decidido todavía... Ahora le llamaremos. (*El oficial estará en el mostrador. Entran por la puerta del portal Bigredón y Filiberto.*)

Dichos, Filiberto y Bigredón por la segunda izquierda. Luego el Notario por la primera derecha.

PAR. 1.º (*A Pezard.*) Ahí viene el amo... ¡Verás! ¡Verás!

BIGRE. (*A Filiberto.*) El notario entrará por la puerta del café... Mírele usted... Aquí está. (*El notario, hombre de cincuenta años, canoso, con lentes, entra en el café y se coloca en el velador del primer término derecha, observando disimuladamente todo lo que pasa en el café. Filiberto pasa a la primera izquierda.*)

OFIC. (*Con disimulo a Alberto.*) Ese que ha entrado es el notario.

ALBER. Ya lo he visto.

PAR. 1.º (*A Filiberto.*) ¿Quiere usted mandar que nos sirvan un café y una copa de coñac?

PEZAR. (*Al parroquiano 1.º*) Preferiría un benedictino.

PAR. 1.º No, hombre, no... ¡Coñac! ¡Coñac! Es más divertido.

PEZAR. Es que me hace daño al estómago.

PAR. 1.º Verás lo que nos reímos.

PEZAR. No te entiendo.

PAR. 1.º Sí, que nos sirvan eso. (A Filiberto.) Café y coñac.

FILIB. Muy bien. (Sin atreverse a mandar servir a Alberto.) Me va a insultar otra vez. Lo estoy viendo. (Al notario.) Fijese usted bien en lo que va a oír.

NOT. (En el mismo tono.) ¡Bien! ¡Bien! Para eso estoy aquí.

FILIB. (Sin atreverse a mirarle.) ¡Alberto!

ALBER. (Presuroso y fino.) ¿Qué manda usted?

FILIB. ¿Quiere usted servir a esos caballeros un café y una copa de coñac?

ALBER. (Obsequioso y amable.) Con mil amores. (Prepara el servicio en el mostrador.)

FILIB. (Al notario.) Observe usted lo que hace ahora con el coñac. (Alberto se acerca a la mesa con el servicio, dos copas, la cafetera y la botella de coñac. Momento de curiosidad. Todos se disponen a observar disimuladamente. Filiberto se cuela cerca de la mesa. Bigredón y el notario vigilan. Pezard espera curioso. Su amigo, el parroquiano 1.º, estará regocijándose por dentro. Alberto, con gran corrección, despacha la botella de coñac y hace ademán de acercarle a la copa grande, al mismo tiempo que dirige una mirada a Filiberto. Cuando éste espera que eche el coñac, Alberto separa la botella y sirve el coñac en la copa chica y el café en la grande.)

PEZAR. (Al parroquiano 1.º, y después de una pausa.) Pues no veo lo que tiene esto de gracioso. Sirve muy bien este camarero.

PAR. 1.º (A Pezard.) Aguarda, hombre. Ahora verás. (A Alberto.) Diga usted, mozo, ¿es bueno este coñac?

FILIB. (Al notario.) ¡Escuche usted! ¡Escuche usted!

ALBER. ¿Este coñac, caballero? ¡Oh! ¡Es de lo mejor!

PAR. 1.º ¿No está falsificado?

ALBER. Legítimo y de la mejor marca. Lo fabrican expresamente para esta casa, y nosotros lo con-

servamos en la bodega con toda clase de cuidados en unas barricas rodeadas de cera.

FILIB. (*Aparte.*) ¿Qué dice?

ALBER. (*A los clientes.*) ¡Pruébenlo! ¡Pruébenlo! Y si quieren ustedes saborear un buen café, lo que se dice café de verdad, sólo aquí le encontrarán... No hay en todo el barrio nada igual.

PAR. 1.º Creí que lo hacían con tabaco de colillas.

ALBER. ¡Bah! Moka, Zanzibar, Martinica y Caracolillo, por partes iguales. Es una mezcla deliciosa, invención de esta casa. (*Aparte.*) Me parece que no se puede servir mejor.

PEZAR. (*Al parroquiano 1.º*) ¿Y es esto lo que querías que viera?

PAR. 1.º Chico... ¡No lo entiendo! (*A Filiberto.*) Diga usted, ¿es éste el mismo camarero que le contestó mal hace un rato?

FILIB. ¿Por qué dice usted eso?

PAR. 1.º Hombre, me parece haberle oído antes ciertas frases...

FILIB. ¡Ah! Pero mire usted que pronto le he parado los pies... Hay que saber dominar a la servidumbre.

ALBER. (*Muy solícito habrá estado limpiando las mesas y colocando las sillas, después se acerca a la mesa del notario, con gran cortesía.*) ¿Qué desea usted tomar, caballero?

NOT. (*Levantándose.*) Yo nada, muchas gracias. He entrado a ver si estaba aquí un amigo, pero no puedo esperarle.

ALBER. ¿No me permite usted que le invite? Aunque no fuera más que para demostrarle que los géneros de esta casa son inmejorables..., y los camareros modelos de servidores.

NOT. (*Indignado, en voz baja a Filiberto.*) ¿De qué quiere usted que levante acta?

FILIB. No, no... De nada.

NOT. Es una perla este camarero... ¡Una perla! (*Vase.*)

FILIB. (*Acompañándole.*) Sí, señor... Ahora se porta muy bien... Ya lo creo... Hasta me parece que se porta demasiado bien... Es un servidor mode-

lo... ¡No voy a tener más remedio que conservarle aquí veinte años!

ALBER. (*Acercándose al oficial y con acento desesperado.*) ¡Y aquí me tienes condenado a ser mozo de café veinte años y con cincuenta mil francos de renta! Yo que soñaba con la gran vida de París, que quería rozarme con la gente distinguida y conquistar a las *cocotts* más elegantes... ¡Yo! Condenado a servir boks de cerveza a los horteras del barrio... Pero eso sí... ¡Prefiero ser camarero veinte años antes que dar los doscientos mil francos que me quieren robar esos canallas!

ISABEL

¡A ver! (*Llamando.*) ¡Alberto! ¡Alberto! ¡Dos boks!

ALBER. (*Volviéndose y con entonación trágica.*) ¡Señora!... Yo no soy Alberto... Soy una novela de folletín... ¡Me llamo Ruy-Blas!... ¡Veinte años de servidumbre o la vida de un mozo de café!

TELÓN

Sala de
derna;
posible
lunas co
espejos.
condien
superior
izquierda
tísimo.
mesa se
el segun
a una
los pers
con apa
decoraci

CLI. 1.
MAIT.
SENOI
MAIT.

SENOI

CLI. 1.
SENOI
CLI. 1.
MAIT.

ACTO SEGUNDO

Sala de un restaurante alegre en París. Decoración elegantísima y moderna; fondos blancos y aplicaciones doradas en las molduras. A ser posible espejos de «verdad», con aparatos de luz aplicados sobre las lunas como arañas de cristal, partidas por la mitad, y adosadas a los espejos. Pequeñas guirnalda de flores artificiales de vivos colores escondiendo entre las hojas bombillas de luz que adornarán la parte superior de estos espejos, descendiendo un poco por los lados. A la izquierda (del espectador) una mesa con servicio preparado, elegantísimo, para varios cubiertos. A la derecha, en segundo término, otra mesa servida también. Primer término derecha una puerta y otra en el segundo término izquierda. Al foro, ancho medio punto que da acceso a una galería. Remate de escalera por donde suben del piso inferior los personajes que han de entrar en escena. En el fondo gran espejo con aparato de luz y guirnalda de flores iluminadas también. Toda la decoración elegante y suntuosa. Servicio reluciente, camareros vestidos correctamente.

El Maitre d'hotel, Cliente 1.º y una Señora.

(Al levantarse el telón aparece en escena el Maitre d'hotel. El Cliente 1.º en traje de etiqueta y la señora en traje de soirée; ambos por la derecha primer término. La señora escotada y con adornos en la cabeza. Oyese dentro la orquesta, que toca una marcha u otra cosa cualquiera alegre.)

CLI. 1.º *(Entrando.)* ¡Ven! ¡Ven! Aquí hay mesa.

MAIT. Perdón, caballero, está pedida.

SEÑOR. ¿Y esta otra?

MAIT. También. Yo les buscaré a ustedes mesa en otro salón.

SEÑOR. ¡Qué fastidio! Esto es más alegre. *(Al cliente 1.º)* Debías haber encargado la mesa con anticipación.

CLI. 1.º Pero, hija mía, si hasta hace media hora no te decidiste a salir de casa.

SEÑOR. Siempre tienes que decir algo.

CLI. 1.º No, no. Si no digo nada.

MAIT. Pasen ustedes por aquí. Aquí estarán perfectamente. *(Hace un gesto a un mozo que sale por*

la izquierda para que los conduzca. El cliente 1.º y la señora salen por la izquierda.)

Agata, Irma y el Maitre d'hotel. Agata e Irma salen por la izquierda.

- AGAT. ¡Gustavo! ¡Gustavito! ¿Hay mesa aquí para nosotras?
- MAIT. No, pero pasen ustedes al salón inmediato.
- IRMA. Lo mismo da. *(Pasan a la izquierda. Medio mutis.)*
- AGAT. Oiga usted, Gustavito. Tenemos que pedirle un favor.
- IRMA. ¡Ah! Sí... Es verdad... Ya se me olvidaba. ¿Conoce usted a mi amigo el comandante Bechut?
- MAIT. Sí, señorita.
- IRMA. Bueno, vendrá ahora para cenar con nosotras.
- MAIT. Muy bien... Yo le diré dónde están ustedes.
- AGAT. No... Es que queremos advertir a usted antes para que no nos obliguen a comer melocotones... ¿sabe usted? Con ese empeño que tienen ustedes de que hagamos gasto, nos atracamos de melocotones todas las noches.
- IRMA. Y a mí me ha dicho el médico que tengo una dilatación de estómago.
- AGAT. Y yo he tenido anoche un cólico horrible.
- MAIT. Ya saben ustedes que el dueño las pone como condición para venir aquí que han de comer melocotones.
- IRMA. Sí, sí... Muchos melocotones porque los cobra a diez francos la pieza. Pero ¿y la salud?
- MAIT. En un restaurante de noche lo que necesitamos son señoras con buena salud.
- AGAT. Y con un estómago a prueba de bomba... No, pues hoy no comemos melocotones.
- IRMA. No se moleste usted en sacarlos y hacernos señas luego.
- MAIT. Bueno, bueno... Se lo diré al amo... Pasen ustedes por allí. *(Vanse por la puerta de la izquierda.)*

Maitre d'hotel, Isabel y Miromé, que salen por el foro izquierda.

(Isabel, elegantísima. El señor Miromé, vestido de frac y llevando el bolso de mano de Isabel.)

ISABEL *(Entrando.)* ¡Vamos, anda ligero, Gabriel!
MIR. *(Al maitre.)* ¿Hay mesa libre aquí? *(Se quitan los abrigos.)*

MAIT. No... Esta la ocuparán dentro de un momento, y aquella está pedida para las doce y media, y ya son más de las doce.

ISABEL Esta nos conviene... No estaremos aquí más que cinco minutos. *(Se sienta a la mesa de la derecha. A Miromé.)* Yo no ceno.

MIR. *(Desilusionado.)* Pero ¿y por qué?

ISABEL No quiero hacerte gastar dinero.

MIR. Como habías dicho que cenaríamos...

ISABEL He cambiado de idea... *(Al maitre.)* Que nos sirvan chocolate.

MIR. *(Haciendo un gesto.)* ¡Puaf! ¡Chocolate!

ISABEL *(Autoritaria.)* ¡Tomarás chocolate!

MIR. *(Resignado.)* Bueno, mujer...

ISABEL Y en seguida me llevarás a casa y te irás a acostar inmediatamente a la tuya... *(El maitre d'hotel llama al camarero, que sale por el foro izquierda, y le dice que traiga el chocolate. Hacen mutis por el foro izquierda el camarero y el maitre d'hotel.)*

MIR. ¿Tan temprano?

ISABEL Las doce y media de la noche es una hora razonable. Mañana has de madrugar. Ya sabes que tienes que presidir la reunión de tu Consejo de Administración.

MIR. ¿Mañana?

ISABEL Sí, mañana.

MIR. Pues estás más enterada que yo.

ISABEL Porque me preocupo de tus asuntos... Me decías que no tenías Consejo cuando sí tenías Consejo. Y me engañabas. Quiero que trabajes, ¿lo oyes?

MIR. ¡Qué barbaridad! ¡Cómo has cambiado en tres

semanas ! ¡Qué diferencia ! (*Sale el camarero con el servicio.*) Estabas tan mona cuando te encontré en aquel café. (*Sirve el camarero el chocolate.*)

ISABEL Donde no hiciste más que predicarme moralidad.
MIR. Sí, sí... Entonces me gustaba predicar moralidad,

pero ahora me sucede todo lo contrario. Tú, en cambio, te has formalizado de un modo deses-
perante. Ya no eres formal. ¡Eres la formalidad misma ! Antes eras más alegre. Mira..., tenemos que volver un día a aquel café.

ISABEL Ni iré yo ni quiero que vayas tú... No faltaba más sino que te acostumbraras ahora a pasarte la vida en el café. Si te dejara no saldrías del café. (*Siempre con tono autoritario.*)

MIR. No, mujer. Si lo digo para recordar nuestra primera entrevista. Veríamos a Alberto, aquel camarero que nos hacía tanta gracia.

ISABEL No necesitamos ir allí para ver a Alberto. Ya le encontraremos en uno de estos restaurantes la noche menos pensada. ¡Hace una vidita !

MIR. Sí, ¿eh?

ISABEL El dueño del café no quiso transigir en lo de la indemnización. Alberto tampoco, y como es rico y tiene deseos de disfrutar, se pasa la noche entera de juerga, desde que sale de trabajar. Así me lo explicó el otro día en el café de la Paix cuando le encontré en el lavabo.

MIR. Es curioso.

ISABEL Pero me encargó que no contara a nadie la historia, porque creo que ahora está «complicado» con Berenguela de Aquitania, una de las mujeres más célebres de París. Por lo visto teme que Berenguela se entere y se burle de él. Berenguela cree que es un hijo de familia que trabaja en un Banco hasta media noche.

MIR. ¿Y está enamorada de él?

ISABEL Berenguela se enamora siempre del que la da dinero.

MIR. ¡Qué hermosa es la vida de juerga !

ISABEL (*Al público.*) ¿Pero no les da a ustedes lástima ? (*Saca dinero del bolso.*) ¡Camarero ! Tome

- usted... *(El camarero sale por el foro izquierda. Isabel le paga.)* Ya está pagado. *(A Miromé.)* Ahora te voy a llevar a tu casa. *(Levantándose.)*
- MIR. ¿No habíamos quedado en que te llevaría yo?
- ISABEL ¡No, no! De ningún modo. Así tendré la seguridad de que te acuestas temprano y no vas a otra parte de juerga. *(El camarero hace mutis por el foro izquierda con el servicio.)*
- MIR. ¡Pero, Isabel! ¿Cómo puedes pensar que yo me divierta sin ti?
- ISABEL No tengo confianza. Ninguna confianza. ¡Ah!, mi bolsillo.
- MIR. Ya le llevo.
- ISABEL Vamos, Gabriel, vamos. *(Vanse por el foro. Al mismo tiempo entran en escena por el foro izquierda Bigredón y el Maitre d'hotel.)*

Bigredón y Maitre d'hotel.

- BIGRE. ¿Y esta mesa también está reservada? Quizá la haya reservado un amigo que espero... ¿Cómo se llama?
- MAIT. *(Mirando el carnet.)* Loriflán... Es para el señor Loriflán.
- BIGRE. ¡Ah!
- MAIT. ¿Es el amigo de usted?
- BIGRE. No; no le conozco... *(Disimulando.)* ¿Y esta otra mesa?
- MAIT. Esta es para el señor Capricol... Un antiguo parroquiano de la casa.
- BIGRE. Entonces buscaré otra... Estoy esperando una persona para cenar.
- MAIT. ¿Una señora?
- BIGRE. ¿Cree usted que me voy a dejar convidar por una señora?
- MAIT. Es que podía ser usted quien pagara.
- BIGRE. No se trata de eso... ¿No vino esta noche un señor Filiberto a encargar una mesa?
- MAIT. No, señor.
- BIGRE. Ya tarda... Y el caso es que no he comido para traer el estómago mejor preparado.

- MAIT. Puede usted irse entreteniendo mientras llega con una docena de ostras... Son excelentes.
- BIGRE. Es que... (*Aparte.*) Si no viniera... Pero sí... (*Alto.*) No es mala idea, no, señor... Me tomaré dos o tres docenas de ostras.
- MAIT. ¿Y una botella de Ponilly?
- BIGRE. (*Aparte.*) Yo creo que sí vendrá... Sí... Indudablemente... (*Alto.*) Sí, señor... Una botella de Ponilly, pero añejo. Vase *Bigredón por la derecha.*)

El *Maitre d'hotel* y el *Comisario* foro izquierda.

- COM. Hola, Gustavo. (*Muy rápida esta escena.*)
- MAIT. Buenas noches, señor comisario.
- COM. Necesito unos informes... Buscamos al cajero de un Banco que ha desaparecido con una suma importante, y según las últimas referencias recibidas parece ser que le han visto recorriendo los restaurantes de lujo.
- MAIT. ¡Oh! En estos salones no recibimos más que clientes conocidos, antiguos parroquianos de la casa, gente honorable toda... Abajo, en la gran sala, el público está mezclado... Vea usted al dueño. Pase usted; allí le encontrará. (*Indicándole la derecha. El comisario vase.*)
- COM. Bien, bien...

Berenguela de Aquitania, Jacoba Flirt, Bouzin y Maitre d'hotel. Salen foro izquierda.

- BEREN. Aquella debe ser la mesa.
- MAIT. (*Volviendo.*) ¿La mesa del señor Loriflán? Esta es.
- BEREN. Mil gracias.
- BOUZ. ¿El señor Loriflán no ha venido?
- BEREN. ¡Oh, no! No es su hora. (*Se sientan en la mesa de la izquierda. Mutis maitre por la derecha.*)

BOUZ.
BEREN
JACOB
BEREN

JACOB
BOUZ.
BEREN

JACOB
BEREN

BOUZ.
BEREN

JACOB

BEREN

JACOB
BEREN

JACOB
BEREN

BOUZ.

BOUZ. ¿Dónde está?

BEREN. Vendrá en seguida.

JACOB. Bueno, ¿pero tú no sabes dónde está?

BEREN. ¿Dónde está?... ¿Queréis que os diga la verdad? Pues no lo sé.

JACOB. ¿Tú? ¿Su íntima amiga?

BOUZ. Es curioso.

BEREN. Yo sé tanto como vosotros... Cuando hay gente delante y me preguntan, hago como que no lo sé, pero lo cierto es que en la vida de Alberto hay un misterio que me intriga terriblemente.

JACOB. (*Curiosa.*) ¿Un misterio? ¡Chica, qué bonito!

BEREN. Yo no le veo nunca más que por la noche... Desde las ocho de la mañana hasta las doce de la noche, Alberto invisible para mí...

BOUZ. ¿Invisible?

BEREN. ¡Del todo! Llega a las doce y media o la una, cansado y nervioso... ¡Claro! Como que no duerme... Cuando acabamos de cenar son ya las tres de la madrugada... y nos vamos a casa... Bueno... Pues ¿sabéis a qué hora se levanta? A las siete y cuarto le hace saltar de la cama un maldito despertador que jamás se le olvida meter debajo de la almohada.

JACOB. Yo en tu lugar no estaría tranquila... A lo mejor es un hijo de familia que está robando dinero en su casa.

BEREN. No... El dinero que tiene es suyo... Estoy segura.

JACOB. ¿Por qué?

BEREN. Porque no lo malgasta... Ya sabes que una conoce a los hombres.

JACOB. Si no los conociéramos, ¡aviadas estaríamos!

BEREN. Alberto es generoso, pero no pierde nunca la cabeza... Mira... Yo le había pedido un collar de perlas... y casi me lo tenía prometido... Pues me trajo una sortija. —Prefiero darte una perla buena—me dijo—; una perla de quince mil francos, mejor que regalarte un collar de sesenta perlas malas, a mil francos cada una.

BOUZ. Bien pensado.

JACOB. Yo, sin embargo, trataría de averiguar lo que hace durante el día. Le seguiría.

BEREN. ¡Y a mí qué me importa! Tengo un hombre rico, simpático, y que molesta poco. Lo mismo me da este que otro. Evidentemente no es mi ideal, porque a veces se pone pesado preguntándome si le quiero por su linda cara o por su dinero... Ya sabes que todos los hombres dicen lo mismo... Además, suele tener unas ideas muy raras... Ahora quiere que aprenda a tocar el piano y a hablar inglés... Hay días que me aburre.

JACOB. ¡Oye, oye!... No deja de ser útil eso de aprender inglés.

BEREN. No sé por qué.

JACOB. Porque a veces tropieza una con ingleses que no hablan más que inglés. (*Jacoba saca un espejito de bolsillo para mirarse.*)

BEREN. Y son los mejores. Nunca he visto a un hombre escucharme con más atención que cuando no entiende lo que le digo... He conocido a uno que se pasaba las horas muertas admirándome, y no quería más que oírme hablar. No comprendía una palabra, y, sin embargo, le dijo a un amigo suyo que yo era la mujer más inteligente que había encontrado.

JACOB. ¿Sabes que Loriflán tarda? Voy al lavabo a arreglarme un poco el pelo. (*Levantándose.*)

BEREN. ¡Qué coqueta eres! Iré contigo.

BOUZ. (*Siguiéndolas.*) ¡Vamos allá! (*Vase foro derecha.*)

Filiberto; luego, Bigredón.

(*Filiberto entra por el foro izquierda. Viste un frac antiguo, gabán y sombrero de copa pasado de moda. El sombrero, echado sobre los ojos. Filiberto avanza despacio, mira a un lado y a otro, y de pronto avanza presuroso al primer término y se pone a arreglar las servilletas que habrá encima de una mesa y colocar las sillas en*

su sitio. En seguida aparece el señor Bigredón, por la derecha.)

BIGRE. (Viéndole.) ¡Al fin, hombre! ¡Ya está usted aquí! ¿Por qué no mandó usted reservar la mesa, como le dije?

FILIB. (Sombrio.) Cuando se manda reservar una mesa hay que hacer mucho gasto... Además, no acierto a comprender qué venimos a hacer aquí.

BIGRE. Venimos a vigilar a Alberto; mejor dicho, a amargarle la alegría con nuestra presencia.

FILIB. Señor Bigredón... Es usted un hombre de inteligencia, de gran inteligencia; pero es usted demasiado complicado y tenebroso... ¿Me quiere usted decir de qué nos sirve amargarle la alegría a Alberto?

BIGRE. ¿De qué nos sirve? Cuando viene a divertirse en los restaurantes de lujo olvida que es mozo de café... Nosotros venimos a recordárselo, levantándonos ante él...

FILIB. Como fantasmas... Ya, ya sé... Ya me lo ha dicho usted... Pero ¿y a él qué le importa?

BIGRE. ¡No entiende usted estas psicologías! Alberto acabará por cansarse y renunciará a la lucha, dándonos los doscientos mil francos... Yo sé que ya vacila... Ha ido a consultar con un abogado, que le ha dicho que no tiene otra solución... O paga la indemnización o sigue siendo mozo de café por espacio de veinte años.

FILIB. Señor Bigredón... ¿Qué quiere usted! Es usted demasiado tenebroso... El resultado de todo esto es que va a quedarse a mi servicio durante veinte años, y que a primeros de mes tendré que pagarle el sueldo convenido, que se eleva a la duodécima parte de cinco mil francos, o sean cuatrocientos dieciséis francos y céntimos; un mozo de café no ganó nunca eso. ¡Además, se queda con las propinas! Estoy seguro que muchos de los que pintan aquí no disfrutaban tan envidiable situación. Por si esto fuera poco, me hace usted venir a los restaurantes caros para que me gaste en una noche el sudor de una sema-

- na... ¡Me va usted a hacer el favor de no tomar más que una taza de chocolate !
- BIGRE. *(Asustado.)* ¿Después de tres docenas de ostras y una botella de Ponilly? ¡Ah! No... Hay que tomar una cena en serio.
- BOUZ. *(Dentro.)* ¡Camarero! ¡Camarero!
- FILIB. *(Sube al foro y llama a un mozo, que acude solicitito.)* ¡Camarero!
- CAMA. *(Entrando por el foro izquierda.)* ¿Qué desea usted?
- FILIB. Vaya usted allá dentro, que le han llamado. *(A Bigredón. Camarero, mutis por el foro derecha.)* Vámonos de aquí... No sirven bien los mozos, y me pongo nervioso.
- BIGRE. No, señor Filiberto... Yo tengo un plan, y hemos de seguirle... Si es preciso visitaremos todos los restaurantes de lujo de París.
- FILIB. Los visitará usted solo. Señor Bigredón, es usted un hombre de la más rara inteligencia; pero, además de que es usted muy tenebroso, advierto que le gustan demasiado las indagaciones en los restaurantes.
- BIGRE. Venga usted, hombre, venga usted.
- FILIB. *(Al irse con Bigredón dirigese al camarero, que vuelve a escena.)* ¡Camarero!... Limpie usted esa mesa... *(El camarero le mira con asombro. Bigredón y Filiberto vanse, puerta derecha. Entra Eduarda por el fondo, escoltada por Tirka, Mirka, Chirka y Rhirka. Todas ellas, vestidas de húngaras y llevando cada una un violín. El camarero queda en escena limpiando la mesa de la derecha.)*

Maitre d'hôtel, por donde hizo mutis; Eduarda, Tirka, Mirka, Chirka y Rhirka, por el foro derecha.

EDUAR. *(Muy incomodada.)* ¡Esto es inaguantable! Ahí no podemos estar.

MAIT. ¿Qué pasa?

EDUAR. Que nos han colocado al lado de la puerta, y vamos a coger una pulmonía.

MAIT. ¿Ustedes componen la nueva orquesta?

EDUAR. Sí, señor... Nos han contratado hoy; pero si no nos cambian de sitio, no tocaremos ni cantaremos.

MAIT. (*Al camarero.*) Habrá que hacerles sitio en este otro lado.

CAMA. ¿Con la *troupe* de inglesas?

MAIT. Sí... Ponlas con las inglesas. (*Mirando a Eduarda.*) Pero, ahora que me fijo... Yo la conozco a usted.

EDUAR. ¡Ah! (*Un poco desconfiada.*)

MAIT. ¿Esas señoritas son sus hermanas?

EDUAR. Sí, señor; las cuatro... Somos húngaras... Pero ellas no hablan más que húngaro.

MAIT. (*Mirándolas.*) ¿Y qué ha hecho usted de sus otras cuatro hermanas?

EDUAR. ¿Mis otras cuatro?... (*Confusa.*)

MAIT. Sí..., sí...; las cuatro italianas que tenía usted el año pasado en el Pabellón del Bosque.

EDUAR. ¿Las conoció usted?

MAIT. Ya lo creo.

EDUAR. Ya no son hermanas mías... Estas son mis verdaderas hermanas, desde el mes pasado.

MAIT. No está mal. ¿Son húngaras de verdad?

EDUAR. ¡Auténticas! Cantamos y tocamos: todo en húngaro.

MAIT. Muy bien... Vayan ustedes a colocarse... (*Al camarero.*) Diles dónde... ¡Ah! Ya saben ustedes que no consiento que se pase el plato por las mesas más que tres veces cada noche.

EDUAR. ¡Poco es! (*A las húngaras.*) ¡Vamos! Ya sabéis. Cuando yo levante el arco en el aire se empieza a tocar... ¡Una, dos, tres! (*Levanta el arco y todas comienzan a tocar, y vanse cantando por foro derecha. Berenguela y Jacoba y Bouzin se apartan un poco para dejarlas pasar.*)

Berenguela, Jacoba y el Maître d'hôtel. Luego, Gastonnet y Capricol, foro izquierda. Después, Bouzin. Todos ellos visten de frac.

BEREN. (*Viendo pasar a Eduarda, que sale la última cantando.*) Tiene bonita voz esta mujer. (*Al maître d'hôtel.*)

MAIT. Es la troupe húngara que debuta aquí esta noche.

BEREN. Pues ¿y las inglesitas, no están ya?

MAIT. Sí, sí... También están... El dueño del restorán quiere que el público se divierta, y no repara en sacrificios...

JACOB. Es muy linda esa canción. (*Se sientan.*)

BEREN. ¡Dios mío! Qué hambre tengo.

JACOB. Y Alberto sin parecer. (*Entran Capricol y Gastonnet por foro izquierda.*)

MAIT. (*Acudiendo a su encuentro.*) Buenas noches, señor Capricol... Esta es su mesa, señor Capricol... Ha hecho usted bien en mandarla reservar, porque esta noche está todo atestado.

GAST. ¡Ah! ¿Mandó usted reservarla?

CAPRI. Sí; por teléfono. (*Se sientan a la mesa de la derecha.*)

MAIT. ¡Ah! El señor Capricol conoce bien estos sitios... No hay que preguntar lo que debo servir a los señores... El plato de siempre... ¿No es eso, señor Capricol? (*Capricol no abre la boca. Hace gestos afirmativos de hombre fatigado, elegante y posseur. Al mozo.*) ¡Una Lansón! ¡Vivo! ¡Y la cena del señor Capricol! (*Vase mozo corriendo.*)

GAST. (*Joven provinciano, elegante. Mira a Capricol con admiración.*) ¡Qué conocido es usted en todas partes! La verdad es que se aprende yendo con un parisién como usted, de pura raza.

CAPRI. Es cuestión de tiempo.

GAST. Cuando se viene a París como yo, desde Perpignan, se siente uno insignificante... Daría cualquier cosa por hacerme aquí el hombre a la moda.

CAPRI. ¡Bah! Con su inteligencia, su tipo y su fortuna, eso es cuestión de seis meses.

GAST. ¡Tanto! ¿Cree usted que necesitaré seis meses?

CAPRI. A menos que no intervenga usted en algún escándalo, alguna historia ruidosa, un crimen, un desfalco... Hoy las costumbres de París han variado mucho.

GAST. ¡Ah! Si usted pudiera proporcionarme esa historia ruidosa... Diga usted, Capricol... ¿No le parece a usted un buen procedimiento para darme a conocer en París conquistar a una *cocotte* célebre?

CAPRI. ¡Ay, amigo mío! Es lo más difícil de todo lo que usted me pide... Crea usted que en París es mucho más sencillo conquistar a una señora de la buena sociedad.

GAST. ¿Conoce usted a esas señoras que están ahí?

CAPRI. (*Mirando con el monóculo.*) ¡Aquella es Berenguela de Aquitania, una de las mujeres más famosas de París... Por cierto que ahora debe haber cambiado de amante... Desde hace días la veo con un muchacho millonario.

GAST. ¿Y la otra?

CAPRI. La otra es Jacoba Flirt... Género más inferior. Pájaro de pluma menos brillante... Pero tiene porvenir... ¿Quiere usted que le presente?

GAST. Ahora mismo. (*Levantándose.*)

CAPRI. (*Se dirige a la otra mesa y saluda.*) Buenas noches, Berenguela... Hola, Bouzin... ¿Qué tal? (*Saludando a todos.*) ¡El vizconde de Gastonnet! (*Presentándole.*) La señorita Berenguela de Aquitania, el señor Bouzin, la señorita Jacoba...

JACOB. ¡Flirt!

CAPRI. ¿Flirt?

JACOB. Jacoba Flirt.

MAIT. Los señores están servidos... Los huevos a la Napoule hay que comerlos muy calientes.

BEREN. ¿Van ustedes a cenar? ¡Qué suerte!

CAPRI. Sólo un bocadillo... Si ustedes gustan.

BEREN. Gracias. Tenemos que esperar a Alberto. (*Capricol y Gastonnet saludan y se van a su mesa.*)

BEREN. (*Levantándose, furiosa.*) Y este Alberto sin venir...

JACOB. (*Viéndole.*) ¡Ah! Aquí está. (*Entran en escena el maître d'hôtel y Alberto, que viene elegantísimo. Frac, sombrero de copa, gabán, etc., etc. Entrega el gabán y el sombrero al maître d'hôtel, que le ayuda con solicitud. Alberto estará visiblemente fatigado.*)

Dichos y Alberto, por foro izquierda.

BEREN. ¡Vamos, hombre!... Ya era hora. ¿No podías haber venido un poco más tarde?

ALBER. ¡Por Dios, no me chilles! Bastante harto estoy de la vida que llevo... No sabes lo que he rabiado al ver que se me hacía tarde... Pero no me dejaban en paz tres grandes industriales ingleses... (*Aparte.*) Tres cochinos horteras que no acababan de jugar al dominó... Yo diciéndoles: ¡Que se va a cerrar! ¡Que se va a cerrar! ¡Y ellos como si tal cosa! ¡Ah! ¡Qué vida! ¡Qué vida!

MAIT. ¿Quiere usted la lista?

ALBER. Mándeme usted un camarero.

MAIT. Perfectamente. (*Vase el maître foro izquierda.*)

ALBER. Me molesta este jefe... Son orgullosos con los camareros y se creen superiores a ellos... ¿Y qué son, en resumidas cuentas? Asalariados... Ni más ni menos.

BEREN. Pero Alberto, por Dios, no te tomes disgustos. (*Se sientan todos a la mesa.*)

ALBER. (*Convencido.*) ¡Es que aborrezco a los jefes! (*Sale el camarero foro izquierda.*)

CAMA. ¿Qué desean los señores?

ALBER. Dinos tú qué se puede comer. (*A Berenguela.*) Le pregunto esto porque así sabremos lo que no debemos pedir.

CAMA. Unas croquetas de pollo.

ALBER. ¡Te las puedes guardar!... ¡Conozco tus croquetas! (*A Berenguela.*) Ya te contaré otro día

cómo se hacen las croquetas en los cafés. (*Al mozo.*) Mira... Vas a empezar trayéndonos unos huevos revueltos... Pero nada de queso... Los pedazos viejos de queso se los servís a otro... A mí, no. Nos pondrán también unas puntas de espárragos... Ahí no puede haber trampa.

CAMA. ¿Y luego? ¿Carne fría?

ALBER. (*Indignado.*) Pero ¿con quién crees tú que estás tratando? Puede que te figures que voy a comer tu carne fría después de haberla paseado por todas las mesas, manoseada por el cocinero con sus dedazos al ponerla en los platos. ¡Carne fría! Me has tomado por otro.

BEREN. Bueno; carne asada entonces.

ALBER. Comedla vosotras, si queréis... Yo ni en la carne asada tengo confianza.

CAMA. ¿Un chateaubriand con patatas?

BEREN. Sí..., sí...; eso...

CAMA. ¿Y de postres? ¿Frutas heladas?

ALBER. (*Con asco.*) ¡Puaf!

BEREN. Pero nos vas a asquear con tus escrúpulos... Nosotras tenemos hambre.

ALBER. (*Haciendo gestos de repugnancia.*) Toda la fruta que queda en los platos, los granos de uva olvidados, los rabos de las peras, las ciruelas estropeadas o mordidas... ¡Todo eso forma parte de las frutas heladas! ¡Puaf!

CAMA. El señor se equivoca. Aquí, si quiere, puede venir a ver cómo se hace.

ALBER. No, no... Ustedes pueden tomar las frutas heladas... Para mí quiero un queso de Camembert, pero sin empezar... Así, raspándole la corteza, estaré casi seguro de que como algo limpio. (*Vase el camarero, y se acerca a la mesa el sommelier, que saldrá por la derecha.*)

Dichos y el Sommelier.

SOMME. (*Ofreciendo la lista de los vinos.*) ¿Qué vinos desean los señores?

JACOB. Yo quiero champán seco.

BEREN. Y a mí me gustaría tomar un poco de Borgoña.
SOMME. Tenemos un pommard del ochenta y uno.

ALBER. ¿Cómo?

SOMME. Del ochenta y uno.

ALBER. ¡Treinta años! Te preguntaba la edad de Pommard, no la de tu tía... ¿Cuánto cuesta ese pommard?

SOMME. Quince francos botella.

ALBER. Pues mira..., ¡no es bastante caro! Por ese precio no hay pommard de treinta años... Pero, en fin, sirve a las señoras ese pommard que tan conservadito está para la edad que tiene... Yo me voy a convidar con una botella de vino blanco, ordinario..., del de tres francos. De este modo no me timarán más... que tres francos veinticinco céntimos.

BEREN. Que nos sirvan de prisa. (*Vase sommelier foro izquierda.*)

Dichos, menos el Sommelier.

BEREN. (*A Alberto.*) Te pones insoportable discutiendo con los camareros. ¿A qué discutir si has de acabar por pagar?

ALBER. Es cierto... Siempre acabo por pagar, y no es lo más divertido.

BEREN. (*Ofendida.*) Oye..., oye... Si te cuesto cara o estás cansado, no tienes más que decirlo... ¡Vaya!

ALBER. (*Dolorosamente y como hablando consigo mismo.*) Ya está la frase de siempre... No encuentro en esta mujer la menor afección... Si no se le paga un capricho, la ruptura... Siempre el vil interés... La codicia... (*Seguirá sentado; pero dando la espalda a Berenguela y frente al público.*)

BEREN. ¿Qué estás murmurando?

ALBER. No, nada... Hago unas cuentas... (*Aparte, y volviendo a reanudar el monólogo donde lo dejó.*) ¡El vil interés, la codicia! Yo no soy el hombre a quien se quiere... Soy el señor a quien

PETIT C.

BEREN.
ALBER.

TODOS

ALBER.

Berengu.
dos mes

ALBER.
FILIB.
ALBER.
FILIB.
ALBER.
FILIB.

ALBER.
FILIB.

ALBER.
FILIB.

se explota... Jamás una frase espontánea..., ni un arranque del corazón...

BEREN. (*A Alberto.*) ¿No has acabado?

ALBER. Un momento... (*Continúa como antes.*) Ni un arranque del corazón, ni un sentimiento generoso... Y, sin embargo, tal es el imperio de la belleza sobre la infeliz alma masculina que, cobardemente, vilmente, vergonzosamente, la sigo teniendo cariño... (*Pausa.*) ¡Es muy triste! ¡Muy triste!... ¡Resignémonos! (*Alto, con tono sombrío.*) ¡Ea! Hemos venido a gozar, a divertirnos... ¡Divirtámonos! (*Con acento fúnebre.*) ¡Viva la alegría! (*Empiezan los camareros a servir la cena.*)

TODOS ¡Viva! ¡Viva! (*Aparece Filiberto por la puerta izquierda.*)

ALBER. ¡Viva el...! (*Ve a Filiberto, y no acaba el viva.*) ¡Bueno! El señor Filiberto... ¿Qué vendrá a hacer aquí? ¡Ah! Es un conocido... (*A Berenguela.*) Voy a saludarle.

Berenguela, Jacoba, Bouzin, Gastonnet y Capricol, en las dos mesas; Filiberto y Alberto, en el centro primer término.

ALBER. (*En voz baja.*) Buenas noches, patrón.

FILIB. Buenas noches, Alberto.

ALBER. ¡Qué casualidad! Encontrarnos anuí.

FILIB. Veo que le gusta a usted divertirse.

ALBER. Sí; un poco. Y a usted parece que también, ¿eh?

FILIB. Sí...; un poco. He venido a cenar con... con un amigo... Pero tiene más apetito que yo... Usted está también con... con amigos. (*Mirando a la mesa.*)

ALBER. Sí..., y también tienen buen apetito.

FILIB. (*Mirando a Berenguela.*) Buena mujer... ¿Está enamorada de usted?

ALBER. ¡Locamente!

FILIB. ¿Sabe que es usted..., ¡vamos!, que es mozo de café?

- ALBER. (*En voz baja.*) No, señor... Pero si viene aquí alguien a decírselo, no sabe usted lo capaz que soy de romperle la cabeza.
- FILIB. (*Calmandole.*) No, hombre, no... ¿Quién va a hacer semejante cosa? ¡Qué ocurrencias tiene usted!... Yo no he venido aquí más que... ¡a divertirme! (*Dice esto con tono muy triste.*)
- ALBER. Así me gusta... Y qué, ¿se divierte usted mucho?
- FILIB. ¡Oh! (*Triste.*) ¡Locamente!
- ALBER. ¡Vamos; tanto mejor!
- FILIB. Diga usted... ¿No le hace a usted daño acostarse tan tarde teniendo que levantarse temprano?
- ALBER. No... Yo no necesito dormir.
- FILIB. Le advierto a usted que tiene mala cara.
- ALBER. Hombre, si cree usted que me canso y no le sirvo, despídame usted. Encontrará usted fácilmente otro camarero.
- FILIB. ¡Bah! ¡Quién piensa en eso! Yo se lo decía por su bien; pero si usted se quiere suicidar... allá usted. Tiene usted fortuna para divertirse, y ya debe usted saber lo que cuesta la diversión en estos restaurantes...
- ALBER. Sí... Aquí no son los precios del barrio de Terres.
- FILIB. ¡Calle usted, hombre! Dos francos una copa de coñac.
- ALBER. También les cuesta más caro.
- FILIB. Ni un céntimo más que a mí... Es el mismo coñac.
- ALBER. Además, las copas son más grandes.
- FILIB. Ya lo he calculado... Salen dieciocho copas del litro en vez de las treinta y seis que hago yo... A dos francos resulta lo mismo.
- ALBER. Aquí debe haber mucho robo...
- FILIB. Sí... Los camareros...
- ALBER. No, no... El jefe... Pero claro. Todo el mundo tiene que ganar... Los mozos no están bien pagados... ¿Qué sueldo tiene un camarero?... Una miseria; no todos tienen cuatrocientos dieciséis francos al mes. (*Con intención.*)
- FILIB. (*Sombrio.*) ¡Cuatrocientos dieciséis francos!
- ALBER. Mire usted... Desde que hago esta vida de disi-

pación y alegría, veo con qué facilidad se gasta el dinero. Y estoy contento porque he tenido suerte... Supóngase usted que me arruino... No me importa, porque tengo siempre un excelente empleo en casa de usted por veinte años.

FILIB. (Escandalizado.) ¡Es horrible! ¡Horrible! (Llevándose las manos a la cabeza.) ¡Ah! Pero esto no puede durar, y yo haré una que sea sonada.

ALBER. No tengo miedo... (Intranquilo.) ¿Qué pensará hacer? De buena gana me iría a otro restorán.)

Dichos y Camarero, por la puerta izquierda.

CAMA. (Acercándose a Filiberto. Lleva un plato con la cuenta en la mano.) Caballero... Su amigo de usted...

FILIB. ¿Qué?

CAMA. Ese señor que cena con usted...

FILIB. Sí, sí... El señor Bigredón...

CAMA. No sé cómo se llama; pero me parece que no se encuentra bien... Se ha quedado dormido con la nariz encima del plato, y la tiene llena de salsa... ¿Comprende usted?

FILIB. ¿Y qué quiere usted que yo le haga?

CAMA. Sería conveniente llevarse... Debe haber bebido demasiado... ¡Ah! Aquí tiene usted la cuenta. (El camarero presenta la cuenta. Filiberto acerca la mano, vacila temeroso y levanta un extremo del papel con gran precaución para ver el importe. En seguida tapa otra vez la cuenta, y vuelve el rostro con expresión de dolor y estoicismo.) Creo que debía usted llevarse cuanto antes a su amigo. ¿Sabe usted? Da la casualidad que detrás de él hay un espejo, y aunque no tenemos costumbre de cobrar lo que rompen los parroquianos, si por casualidad ese señor rompiera el espejo, nos veríamos obligados...

FILIB. (Consternado.) ¡Eso sólo me faltaba! La cuenta, el espejo... ¡Voy a llevármelo ahora mismo!

(Vase corriendo con el camarero. Alberto, al verle marchar, lanza un suspiro de satisfacción.)

CAMA. Hará usted bien... Hará usted bien...

Berenguela, Jacoba, Alberto, Capricol, Gastonnet, Bouzin y el Maître d'hôtel.

ALBER. ¡Ah! ¡Por fin! ¡Gracias a Dios! ¡No estaba tranquilo!

BEREN. Qué, ¿has concluido ya?

ALBER. *(Muy alegre.)* Sí... Estaba un poco preocupado; pero todo pasó ya... ¡Ea! ¡Hay que gozar! ¡Hay que divertirse! Estamos en un restorán elegante, con mujeres hermosas, con amigos alegres... Estoy contentísimo... Nunca me he sentido de tan excelente humor como hoy, disfrutando de este rumor de fiesta y alegría... Nos vamos a quedar aquí toda la noche... *(Oyese dentro la voz de Eduarda, que canta.)*

EDUAR. *(Dentro.)* Mi amor sólo eres tú,
tú mi alegría,
tus ojos son la luz
del alma mía;
tú eres mi calma y quietud,
mi poesía...
¡Todo eso lo eres tú!
La, la, la...

(Sigue cantando. Alberto, al oírla, se levanta aterrado, conservando siempre en la mano la servilleta.)

ALBER. *(Decidido.)* ¡Vámonos!

BEREN. ¿Qué te pasa?

ALBER. *(Sin saber lo que dice.)* No, nada... Esa canción..., ¿sabes?, es una canción de mi niñez... Me la cantaba mi abuela.

BEREN. Pero ¿han visto ustedes qué criatura más impresionable?

ALBER. ¡Yo me voy! ¡Yo me voy!

BEREN. ¿Estás loco? *(Eduarda continúa cantando dentro. Sale camarero foro.)*

erto, al
acción.)

ALBER. (*Al camarero.*) Camarero... Pronto... ¡Mi gabán!... ¡Mi sombrero!... (*A Berenguela.*) Vámonos a otro restorán. (*El camarero queda inmóvil.*)

Bouzin

BEREN. ¡Ah! No... Lo que es eso, no... Ya está pedida la cena, y nos quedamos aquí. (*Resueltamente.*)

ALBER. ¡Te lo suplico! Yo no puedo permanecer aquí... Créeme... Cuando oigo esa canción me pongo malo.

estaba

BEREN. (*En voz baja al camarero.*) No le traiga usted ni el gabán ni el sombrero; pero vaya corriendo a decir a la cantante que se calle. (*Bouzin habla a Alberto.*)

cupado;
gozar!
restorán
amigos
me he
oy, dis-
... Nos
(Oyese

JACOB. Eso es... Dígale que hay enfermo. (*Vase foro derecha.*)

BOUZ. Pero quédese usted con nosotros, hombre.

ALBER. Vamos, pronto... (*Al camarero.*) Mi sombrero, mi gabán...

BEREN. (*Levantándose.*) Me vas a hacer el favor de quedarte aquí... Pareces tonto... Eso es una preocupación. (*En este momento Eduarda deja de cantar.*) Además, ya no canta... ¿Ves? Ya se acabó. Se acabó la canción...

ALBER. No importa. ¡Quieroirme!

BEREN. ¡Qué pesado te pones, hijo! Pues yo, no... Yo quiero cenar... Mira, aquí está la cena... (*Entra el camarero con los platos.*)

nta ate-
a servi-

ALBER. ¿Por qué no me trae usted mi gabán? (*Se vuelve hacia el foro, y en el mismo instante aparece Eduarda con un plato en la mano para recoger las propinas. Movimiento de sorpresa de Alberto y Eduarda. Ambos se aproximan y hablan disimuladamente. Alberto conserva distraidamente en la mano la servilleta.*)

sa can-
niñez...

más im-

Dichos, y Eduarda.

o den-

ALBER. ¡Ah!

EDUAR. ¡Tú! (*Aproximándose.*) ¡Tú! ¿Qué haces aquí?

ALBER. (*Azorado.*) Pues verás... Yo...

- EDUAR. *(Al verle con la servilleta en la mano.)* ¡Ah! Comprendo... ¿Estás empleado aquí ahora?
- ALBER. *(Se coloca vivamente la servilleta debajo del brazo, como los camareros.)* Justamente... Eso es... Estoy aquí...
- EDUAR. ¿Ves? Esta es la mayor prueba de cariño que podías darme...
- ALBER. ¿Sí?
- EDUAR. Has sabido que yo venía a trabajar aquí, y has querido tenerme cerca de ti. ¡Gracias, Alberto! *(Muy cariñosa.)*
- ALBER. No; si no hay de qué...
- EDUAR. Oye, ¿desde cuándo estás aquí?
- ALBER. Pues desde... desde hace un momento.
- EDUAR. A mí me han contratado hoy aquí... Y tú, ¿has dejado el café?
- ALBER. ¿El café? ¡Ah, no! Trabajo aquí desde las doce de la noche para... para reemplazar a un compañero...
- EDUAR. Pero ¡te vas a matar! ¡Pobre Alberto!
- ALBER. ¡Oh! No tengas miedo. ¡Soy fuerte!
- EDUAR. Lo que siento es que aquí verás muchas mujeres; hablarás con todas esas desvergonzadas...
- ALBER. ¡Bah! No hay cuidado.
- CAPRI. *(Llamando.)* ¡Camarero!
- EDUAR. Te llaman. *(Alberto, sin saber qué hacer, se dirige a la mesa de Capricol; pero vuelve sin acercarse.)* No; no es a mí... Esa mesa no es mía...
- EDUAR. ¡Ah!
- BEREN. ¿Qué estará hablando con la violinista? *(Llamándole.)* ¡Alberto!
- ALBER. ¡Voy!
- EDUAR. *(Lanzándole una mirada terrible.)* ¿Ya sabe tu nombre?
- ALBER. *(Siempre azorado y sonriendo forzadamente.)* Sí... Pero eso no tiene importancia. A estas mujeres les gusta llamar a los camareros por el nombre. Hace un momento me ha preguntado: «¿Cómo te llamas?» «Alberto», le contesté... Y claro..., ahora me llama... Alberto..., Alberto...
- EDUAR. Ten cuidado... Esas sinvergüenzas se toman mu-

- chas confianzas... en seguida... *(Se acerca a la mesa de Capricol para hacer la colecta.)*
- BEREN. Vamos, Alberto.
- ALBER. *(Acercándose, pero sin sentarse, queriendo hacer el papel de anfitrión en la mesa de Berenguela, al mismo tiempo que trata de pasar como camarero a los ojos de Eduarda.)* ¿Qué hay?
- BEREN. ¿No te sientas?
- ALBER. *(Mirando a Eduarda.)* Si..., sí... Dentro de un momento. *(Eduarda se acerca a Capricol para pedir.)*
- BEREN. Oye... ¿Qué hablabas con la húngara?
- ALBER. *(Intranquilo.)* Le preguntaba cosas de Hungría.
- BEREN. Dame un luis para echárselo al plato.
- ALBER. ¿Un luis?
- BEREN. Sí... Le mandé que callara antes para que no te molestara, y dejó de cantar en seguida... Se lo voy a decir...
- ALBER. No, no; de ninguna manera. ¡Tiene que cantar! ¡Que cante toda la noche! ¡Que cante siempre! *(Aparte.)* (Mientras canta no estará aquí.)
- BEREN. Pues hijo, no cambias tú poco de ideas. ¡Vamos, siéntate!
- ALBER. No, no, no... Todavía, no... Tengo un calambre... *(Se aleja un poco de la mesa y se encuentra con Eduarda, que vuelve de la mesa de Capricol.)*
- EDUAR. Poco generosos son éstos... Me han dado dos francos. *(Se aproxima tendiendo el plato a la mesa de Berenguela.)* Señora...
- BEREN. *(Dándole un luis.)* Tome usted veinte francos... Le rogué a usted que no cantara hace un momento porque mi amigo estaba un poco indispuesto. Ahora ya está mejor. Puede usted cantar lo que guste.
- EDUAR. Mil gracias, señora. *(Se inclina y se aleja, acercándose a Alberto muy contenta.)* ¿A que no sabes cuánto me ha dado esa cocotte?
- ALBER. *(Sombrio.)* ¡Veinte francos!
- EDUAR. Justo... Toma estos dos francos para ti... Te los regalo...
- ALBER. ¡Ah! ¡No! ¡Eso no!

- EDUAR. Anda, tonto... Tómalos... (*Poniéndole los dos francos en la mano.*) Mira que si no los tomas... me enfado... (*Vase Eduarda por el foro.*)
- ALBER. (*Guardándose los dos francos en el bolsillo.*) Menos mal. Sólo me ha costado dieciocho francos.

Dichos, menos Eduarda.

- BEREN. Pero Alberto..., ¿vienes o no?
- ALBER. (*Mirando con desconfianza a todos lados.*) ¡Voy! ¡Voy!
- BEREN. ¿No te sientas?
- ALBER. Todavía no. (*En este momento oye otra vez la música dentro.*) ¡Ah! Ya toca...
- BEREN. Anda, come.
- ALBER. No; no tengo hambre.
- BEREN. ¿Sabes que estás muy ameno esta noche? Aunque no fuera más que por Jacoba y Bouzin, debías mostrarte un poco más amable.
- BOUZ. ¡Bah! Somos de confianza.
- JACOB. Es igual.
- BEREN. Mira, Alberto... Ya estoy harta... Vas a hacerme el favor de sentarte a mi lado y cenar como Dios manda...
- ALBER. ¡Te he dicho que no tengo hambre!
- BEREN. Pues hijo, como continúes así, me parece que no tardaré en ponerte al fresco.
- ALBER. ¡Quíá!
- BEREN. ¡Puede que creas que me costaría mucho trabajo buscar un sustituto!... No tengo más que querer... Ahí tienes ese joven de provincias que me acaban de presentar... Si yo quisiera... (*Señalando a Gastonnet.*)
- ALBER. ¡Qué mala eres conmigo! Me dices esas cosas porque sabes que soy una criatura sentimental, tierna, delicada... Yo no sé cómo hay hombres que dejan a una mujer... Pero si me apuras verás cómo te dejo plantada.
- BEREN. (*Furiosa.*) ¿A mí? ¿A Berenguela de Aquitania?

- Te daré un puntapié y te dejaré cuando me parezca ; pero no toleraré que tú me dejes. ¡ Primero te pego un tiro !
- ALBER. (¡ Nada ! ¡ Como la otra ! ¡ Es bonito el amor !)
- BEREN. No ; ya procuraré no matarte. Pero daré un escándalo ; se hablará en París..., y eso me basta.
- ALBER. Muy bien...
- BEREN. ¿ Quieres hacerme el favor de cenar, sí o no ?
(*Alberto se decide a sentarse. Se acerca a la mesa, se sienta; pero en el mismo momento deja de oírse la música dentro, y vuelve a ponerse de nuevo en pie, muy nervioso y agitado.*)
- ALBER. (*Levantándose inquieto.*) (¡ Ya no toca !)
- BEREN. ¡ Vaya ; esto es demasiado ! (*Dirigiéndose a los de la otra mesa.*) ¡ Capricol !
- CAPRI. ¿ Qué ?
- BEREN. Vengan ustedes aquí con nosotros... Les haremos sitio. Así charlaremos...
- GAST. ¡ Encantados !
- CAPRI. Precisamente hemos concluido de cenar...
- BEREN. (*Haciendo las presentaciones.*) Alberto Loriflan... Capricol... El señor Gasconnet... (*Se saludan todos.*)
- GAST. (*Rectificando.*) Gastonnet.
- BEREN. Bueno ; Gastonnet. Lo mismo da... Siéntense ustedes... aquí... (*A Alberto.*) Tú, ¿ vas a sentarte ?
- ALBER. Sí..., sí... (*Va a sentarse, se acerca a la mesa, coge la silla, y cuando se dispone a sentarse aparece Eduarda en el foro con el platillo en la mano. Alberto queda en pie y se vuelve a alejar de la mesa, fingiendo que tiene un calambre.*)

Dichos, Eduarda. Luego, el Maître d'hôtel.

- JACOB. Aquí está la húngara.
- BEREN. ¡ Ah ! Me alegro... Vamos a decirle que cante algo para nosotros... Antes cantó una canción preciosa... (*A Eduarda.*) Señora...
- EDUAR. ¡ Señorita !
- BEREN. ¡ Eh ! Bueno... Pues señorita..., señorita violinista... ¿ Quiere usted cantar algo para nosotros ?

EDUAR. Con mucho gusto...

ALBER. (¡Me va a costar otros veinte francos!) (*Eduarda se dirige al foro a hablar a las húngaras. Entra el maître d'hôtel por la derecha, y se acerca con respeto a Alberto.*)

MAIT. (A Alberto.) ¿El señor ha encargado café? (*Eduarda quédase muy sorprendida. Las húngaras se habrán colocado en fila.*)

ALBER. (Al maître, muy azorado.) No, no... Más tarde... (*Aléjase el maître d'hôtel. Alberto se aproxima a Eduarda para darle explicaciones.*) ¿Sabes? Me ha preguntado si aquel señor de allí había pedido café.

EDUAR. (*Desengañada.*) ¡Es extraño! ¡Te habla con un respeto!...

ALBER. ¡Oh! Es que soy nuevo..., y lo hace para burlarse de mí... Como me cae bien la ropa... (*Eduarda se reúne con las húngaras y las habla en voz baja para decirles la canción que van a tocar. Alberto se dirige a la mesa de Berenguela y se coloca detrás del respaldo de una silla.*)

CAPRI. ¿No se sienta usted?

ALBER. No, no... A mí me gusta oír la música así..., en pie...

BEREN. (*Con autoridad.*) ¡Alberto, siéntate!

ALBER. Sí..., sí... (*Se acerca a Eduarda.*) Están un poco bebidos... Ahora quieren que me sienten con ellos... Es un capricho de gente alegre... (*Riendo forzosamente.*)

TODOS Vamos, hombre, siéntese usted...

ALBER. Sí..., sí... Ahora... (*A Eduarda.*) Ya ves... (*Con risa forzada.*) Quieren que el camarero se sienta a la mesa con las señoritas... Es gracioso, ¿verdad?

EDUAR. (*Furiosa.*) ¡Te lo prohíbo!

ALBER. No. ¡Ah! No... tengo más remedio... Se enfadarían, y la casa perdería tan buenos parroquianos... No hay que contrariarlos... (*A los de la mesa.*) Sí, señores, sí... me siento... (*Se sienta tímidamente en el borde de la silla al lado de Berenguela.*)

EDUAR. Una, dos, tres. (*Comienza a cantar, acompañándose del violín.*)

MÚSICA

Mi amor sólo eres tú,
tú mi alegría,
tus ojos son la luz
del alma mía;
tú eres calma y quietud,
mi poesía...

¡Todo eso lo eres tú!...

(*Hablando a Alberto.*) Tú... Tú... (*Gritando.*)
¡Tú! (*Al llegar a esta estrofa, Eduarda ve que Berenguela ha pasado el brazo por encima del hombro de Alberto y le acaricia el cabello. Termina dando una nota desafinada que asusta a todos. Eduarda se disculpa haciendo un gesto y reanudando la canción.*)

EDUAR. (*Canta.*) Mi amor sólo eres tú,
tú mi alegría,
tus ojos son la luz
del alma mía...

(*Pero apenas terminado este verso, ve que Berenguela, sentada en las rodillas de Alberto, vuelve a acariciarle. Furiosa, canta cada vez peor.*)

Tú eres calma y quietud,
mi poosía...

(*Dice esto a grito tendido. Todos los asistentes se levantan, estupefactos.*)

CAPRI. Pero ¿qué es eso?
JACOB. ¿Qué manera de cantar?

EDUAR. (*Estallando.*) ¡Esto es una infamia! ¡Esa señora es una sinvergüenza! ¡Grulla!

ALBER. (*Aparte.*) ¡Adiós!

BEREN. (*Aterrada.*) ¡Yo una grulla! ¡Yo! ¿Y se atreve a llamarme grulla esa titiritera?

EDUAR. ¡Titiritera yo! (*A Alberto.*) ¿Permites tú que me traten de titiritera?

BEREN. (*Asombrada.*) ¡Y te tutea! (*A Alberto.*)

- EDUAR. (*Asombrada.*) ¡Y te tutea! (*A Alberto.*)
 ALBER. ¡Y me tutean! (*Furioso.*)
 EDUAR. (*A Berenguela.*) ¿Con qué derecho tuteas a mi novio? (*Sorpresas y escándalo general. La gente acude, agolpándose a las puertas.*)
 BEREN. (*A Alberto.*) ¿Tú su novio? ¿Tú? (*Irónicamente.*) ¡Chico, te felicito!... Es una anciana respetable...
 EDUAR. (*Queriendo arrojarla sobre ella.*) Ahora verás la anciana... ¡Acércate! (*Se remanga y se dispone a arañarla.*)
 BEREN. (*Sujetándola Jacoba y Bouzin.*) Pero ¿creen ustedes que yo me voy a rebajar pegándome con ese camello?
 EDUAR. ¡Que te arañe!
 BEREN. ¿Qué voy a hacer yo con la peluca que lleva puesta?
 EDUAR. (*Enfurecida lucha, mientras la sujetan Alberto y el maitre.*) ¿Y consientes tú que me traten así? Déjenme ustedes... Quiero arrancar las plumas a esa pava... (*Empuja a Alberto al foro y éste vuelve al primer término izquierda.*)
 GAST. (*A Eduarda, poniéndose delante de ella.*) Prohíbo a usted que se acerque a esa señora.
 EDUAR. ¡Cómo!
 GAST. Digo a usted que lo prohíbo... (*Eduarda quiere pasar. Gastonnet la sujeta. Eduarda finge que Gastonnet la ha pegado y comienza a dar gritos.*)
 EDUAR. ¡Ah, canalla! ¡Miserable! (*A Alberto.*) ¡Me ha pegado! ¡Eres un cobarde si no matas a ese hombre ahora mismo!
 ALBER. (*Resignado e inclinándose delante de Gastonnet.*) Caballero... Considérese usted muerto.
 GAST. Muy bien.
 ALBER. Y considérese abofeteado.
 GAST. Está bien... Arreglaremos este asunto mañana. (*A Capricol.*) Ya está aquí la historia que yo necesitaba.

Dichos, el Comisario y un Agente por la izquierda.

COM. (*Presentándose en el foro. Señalando a Alberto.*)
¡Ese es el cajero fugado! (*A un agente.*) Acérquese usted y préndale.

TODOS ¿Eh?

ALBER. ¿Yo?

COM. ¡Usted!

JACOB. ¡Ya me lo figuraba yo!

BEREN. ¡Dios mío!

AGEN. (*A Alberto.*) Sígame usted a la comisaría. (*Cogiéndole de un brazo.*)

ALBER. (*Radiante de alegría.*) ¿A la comisaría? ¡Gracias, amigo mío! (*Se echa en brazos del agente y le besa, saliendo abrazado a él por la izquierda.*)

EDUAR. ¡Ah! Pero esto no quedará así... ¡Vamos allá! (*A las húngaras.—Cuadro.—Precipítanse sobre Berenguela. Gran escándalo. Al decir a las húngaras: «¡Vamos allá!», Eduarda levanta el arco del violin como invitando a sus compañeras a que la ayuden. Las húngaras, como no entienden una palabra de lo que pasa, ven levantar el arco y creen que es la señal para empezar a tocar y cantar. Todas rompen a cantar al mismo tiempo sin moverse del lugar donde se hallan. En el fondo, formando un cuadro pintoresco, hállanse los clientes agolpados, las inglesas de la troupe, etcétera, etc.*)

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero. El oficial de cocina está barriendo el café. Sillas encima de las mesas. Son las ocho de la mañana.

El Oficial de cocina ; en seguida Teresa.

- OFIC. (*Coloca las sillas y pone todo en orden, silbando o tarareando una canción cualquiera. Entra Teresa por la puerta chaflán.*) ¡Hola ! ¡La cajera !
¡Qué pronto viene usted hoy ! ¡Ha madrugado usted más que Alberto !
- TER. No... Vengo por pocos momentos... Hoy tengo que asistir a una boda y la señorita Lina ha quedado en bajar a sustituirme.
- OFIC. ¡Ah, ya !
- TER. ¿Pero Alberto no ha venido todavía ?
- OFIC. Aun no. (*Sigue bajando sillas de encima de las mesas y las coloca en su sitio.*)
- TER. Buena chillería se va a armar.
- OFIC. ¡Bah ! No tardará... He ido a buscarle a una casa de los Campos Elíseos, donde se suele quedar algunas noches.
- TER. ¿Y estaba allí ?
- OFIC. Sí... Me dijo que se había acostado a las cinco de la mañana. Ni siquiera se había desnudado.
- TER. ¡Qué vidita !
- OFIC. Me ha contado una historia terrible. Esta noche pasada le han llevado a la comisaría.
- TER. ¿Preso ?
- OFIC. Sí ; pero una equivocación, y le pusieron en libertad inmediatamente.
- TER. ¡Alberto va a concluir mal !
- OFIC. Pues ¡y lo que gasta ! Tenía un auto grande esperándole con un chofer elegantísimo. ¡Ya ve usted lo que cuesta eso ! (*Aparecen en el chaflán un reportero y Javier.*)

TER. Ya empiezan a venir parroquianos. (*Se instala detrás del mostrador.*)

OFIC. Oiga usted... Yo no los voy a poder servir así... Estoy hecho un asco... Dígaless usted que esperen mientras me arreglo un poco o llega Alberto.

TER. Sí, pero dése usted prisa.

OFIC. Estoy seguro que Alberto va a llegar. (*Vase el oficial de cocina por la segunda derecha.*)

Teresa, un Reportero y Javier. Luego, Alberto. Después, Filiberto.

JAVIER (*Al reportero.*) Créame usted... Aquí en este café encontrará usted todo género de elementos para la información que desea usted hacer en su periódico. Yo quiero que ustedes los periodistas se convenzan por sus propios ojos. (*Se sientan en la primera izquierda.*)

REPOR. Aguarde usted... Prepararé las cuartillas.

JAVIER Yo soy el secretario de la Sociedad de Mozos de Café. He sido camarero más de veinte años.

REPOR. (*Escribiendo.*) Perfectamente.

JAVIER Hemos elegido este café al azar para que vea usted la vida de sacrificios y privaciones que llevan los infelices mozos de café... Fijese usted que son las ocho de la mañana y a esta hora, en que ningún Banco ni oficina han abierto sus puertas, el camarero tiene que estar en su puesto sin abandonarle hasta las doce de la noche.

REPOR. ¿Dónde está el camarero? (*Mirando por todo el café.*)

JAVIER Ahora mismo vendrá. (*A Teresa.*) ¿Y el camarero?

TER. Ahora mismo vendrá.

JAVIER (*Autoritario.*) Ya debiera estar aquí... (*A Teresa.*) ¿Quién va a servir a los parroquianos? ¡Es intolerable!

REPOR. No hay que ser exigentes por cinco minutos de retraso. (*Suena una bocina dentro.*)

JAVIER Su obligación es ser puntual.

TER. ¡Si es muy puntual! ¡Ah! Se ha parado un auto... Debe ser él... Justo... Ya está ahí...

REPOR. (*Estupefacto.*) ¿Pero viene en auto?

- JAVIER (*Asombrado.*) Algún chofer amigo suyo que le traerá en el pescante... Los humildes se ayudan unos a otros.
- REPOR. Es verdad.
- JAVIER El pobre estará cansado, naturalmente... Ponga usted atención... Va usted a ver a uno de los mártires de la civilización moderna. (*Aparece Alberto por la puerta chafalán.*)
- TER. Vamos, Alberto.
- ALBER. (*Entrando.*) ¡Voy! ¡Voy! (*Elegantemente vestido de frac, gabán y clac como en el acto anterior.*)
- REPOR. (*Asombrado.*) ¿Pero este caballero es el mozo?
- JAVIER (*Sin creer lo que ve.*) No sé.
- ALBER. (*Mientras se quita el sombrero y el gabán.*) ¿Qué desean los señores?
- REPOR. ¿Eh?
- JAVIER (*Sin saber qué decir.*) Deseamos... dos cafés.
- ALBER. Al instante. (*Aparece el oficial de cocina, seguida derecha.*) Haga usted el favor (*A la cajera.*) de darle a ése por mi cuenta sesenta francos... Anda, paga al chofer. (*Al oficial. A Teresa.*) ¡Dos cafés! ¡Dos! (*El oficial sale a pagar al chofer y vuelve en seguida.*)
- REPOR. (*A Javier.*) ¡Sesenta francos de coche!
- JAVIER Ahora nos explicará...
- REPOR. ¡Va magníficamente vestido!
- JAVIER Cuidan mucho la ropa.
- ALBER. (*Al oficial, que vuelve de pagar el coche.*) ¡Anda! Tráeme la chaqueta y el delantal. ¡Vivo! (*El oficial descuelga de la percha la chaqueta y el delantal y le ayuda a cambiarse de ropa. Lanzando un suspiro.*) ¡Qué bien me encuentro dentro de esta americana! ¡Con qué satisfacción cojo el delantal! (*El oficial coge el frac para llevarse.*) Espera... Dame el carnet de cheques. (*Movimiento de sorpresa de Javier y reportero, que le contemplan cada vez más asombrados. Alberto saca su carnet de cheques del bolsillo del frac y se lo guarda en la americana.*)
- REPOR. ¿Tiene un carnet de cheques?
- JAVIER Por lo visto... No me lo explico... Es posible

que lleve sus economías a un Banco en vez de ponerlas en la Caja de Ahorros.

REPOR. Esto es muy interesante... (*Acercándose a Alberto.*) Oiga, dígame usted... ¿Por qué lleva usted sus ahorros al Banco en vez de guardarlos en la Caja de Ahorros?

ALBER. (*Poniéndose el delantal.*) ¿Es que no sabe usted que en la Caja de Ahorros no admiten más que dos mil francos? ¿Cómo voy a llegar yo allí con paquetes de treinta y cuarenta mil francos?

REPOR. ¡Vamos! Veo que tiene usted mucho dinero.

ALBER. ¡Psch! No es gran cosa.

REPOR. Y a pesar de eso, ¿no es usted feliz?

ALBER. (*Sombrio.*) ¡Feliz! ¡Feliz yo! Soy el hombre más desgraciado de la tierra.

JAVIER (*Triunfante al periodista.*) ¿Ve usted?... Apunte usted... (*A Alberto.*) Refiera usted a este caballero el martirio de su existencia.

ALBER. El martirio, esa es justamente la palabra... ¡El tormento! ¡El infierno! Pero el señor no me querrá creer. Nadie me querrá creer.

REPOR. ¡Diga usted! ¡Diga usted!

ALBER. ¡Si supieran ustedes que esta noche he dormido dos horas y media, y eso sin desnudarme...

REPOR. ¿No tiene usted tiempo para desnudarse? ¿Pues a qué hora termina usted su trabajo?

ALBER. A las doce de la noche, pero mientras me visto y llego al café de París, al de la Paix o a Maxim, se pasan tres cuartos de hora.

REPOR. ¡Ah! ¿Va usted a trabajar luego a los restaurantes de lujo? ¿Sirve usted también en Maxim?

ALBER. (*Sirviendo los cafés.*) ¡Ah! (*Sonriendo.*) ¿Qué más quisiera yo! Ganaría dinero en vez de gastarle y ahorraría que me insultaran...

REPOR. (*Escribiendo.*) Insultarle...

ALBER. Que me traicionaran.

REPOR. ¿Cómo es eso?

JAVIER No, no... Procedamos por orden... No hablemos de lo que hace usted de noche, después de terminada su labor en el café... (*Al reportero.*) ¿Sabe usted? Esto es una excepción... Basta con que nos diga usted su vida durante el día... Refiera-

- nos usted la horrible existencia que lleva usted en este establecimiento.
- ALBER. ¿Aquí? ¿En el café? ¡Pero si es la parte feliz de mi vida! Trabajo, me canso y gozo de tranquilidad y sosiego. Sirvo café, limonada, cerveza y aperitivos... ¡Esta existencia es ideal! Ya sé que hay camareros que se quejan... Lo sé... Pero si hubieran hecho como yo una vida de placeres y de juerga; si les hubiera ocurrido la cuarta parte de lo que a mí me ha pasado, aseguro a ustedes que volverían a coger el delantal con ansia y alegría. *(Se lleva la cafetera.)*
- JAVIER *(Levantándose.)* Indudablemente es un loco... Esto no es interesante.
- REPOR. *(Tomando apuntes siempre.)* Sí, sí... Todo lo que dice es muy curioso... Voy a hacer un artículo...
- JAVIER *(Pagando para marcharse de allí y llevarse al reportero cuanto antes.)* Tome usted... Dos cafés a treinta céntimos... Aquí tiene... sesenta céntimos. *(Al reportero.)* Lo dicho... No es un mozo de café... Es un imbécil... No vamos a perder el tiempo escuchando majaderías.
- ALBER. ¡Eh! ¡Eh! Oiga usted...
- JAVIER *(Arrastrando al periodista.)* Venga usted... Visitemos otro café.
- REPOR. *(Tomando apuntes.)* Si es que yo encuentro muy gracioso todo esto.
- JAVIER No es interesante, créame usted; no es interesante... Este camarero no es un camarero... Deshonra a la corporación.
- ALBER. *(Cogiendo los sesenta céntimos.)* ¿Y no me dan ustedes propina? ¡Qué generosos!
- JAVIER Tomaremos el café en otra parte. *(Arrastrando al reportero hasta la puerta.)*
- FILIB. *(Entra por la primera derecha.)* ¿Qué sucede? ¿Por qué se van así esos señores? ¿Están ustedes descontentos del servicio?
- JAVIER *(Desde la puerta.)* Podía usted escoger con más cuidado la dependencia. Conozco muchos camareros que están sin colocación y que cumplirían con su deber mejor que ese estúpido chiflado. *(Se-*

va usted
 rte feliz
 de tran-
 cerveza
 ! Ya sé
 é... Pero
 placeres
 a cuarta
 seguro a
 ntal con

o... Esto

o lo que
 artículo...
 varse al
 dos cafés
 nta cén-
 un mozo
 a perder

d... Visi-

ntro muy

s intere-
 o... Des-

me dan

rastrando

sucede?
 Están us-

con más
 os cama-
 umplirían
 ado. (Se-

ñalando a Alberto.) Supongo que tendrá usted a ese imbécil porque le dará usted una miseria.

FILIB. *(Indignado.)* ¡Una miseria! *(Alberto se rie.)*
 JAVIER ¡Ah! Pero como yo averigüe que paga usted a los camareros menos sueldo del que marca la

tarifa del Sindicato... ¡Ya verá usted!

FILIB. *(Rojo de ira.)* ¡Cuatrocientos dieciséis francos al mes! ¿Es eso lo que marca la tarifa? ¡Cuatrocientos dieciséis francos al mes y un contrato por veinte años!

REPOR. *(Estupefacto, vuelve a escena y anota.)* ¡Cuatrocientos dieciséis francos y un contrato por veinte años! ¡Esto sí que es interesante!

JAVIER *(Queriendo impedir que escriba.)* No, señor, no. No es interesante. ¡Vámonos a otro establecimiento! Este es un cafetín indecente. *(Vase arrastrando a viva fuerza al portero.)*

FILIB. *(Furioso.)* ¿Un cafetín indecente mi casa? ¡Que tenga yo que aguantar esto! *(A Alberto.)* ¡Y usted es el culpable de todo!

ALBER. ¿Yo?

FILIB. Sí, usted, usted.

ALBER. Despídame usted.

FILIB. Inmediatamente vaya usted a colocar las botellas que acabo de llenar en la bodega..., y mucho cuidadito, que las he dejado contadas.

ALBER. *(Muy digno.)* ¿Qué se figura usted? Yo soy un camarero honrado. *(A Teresa al salir a media voz.)* ¡Y no tengo sed! *(Vase primera derecha.)*

Capricol, el General, por la puerta del chaflán; Filiberto,

Teresa. Luego Alberto y después Lina. Capricol y el General de chistera y levita.

GEN. Por lo visto nuestro hombre vive en un café.

CAPRI. No lo entiendo, mi general. Después del altercado con Gastonnet, nuestro apadrinado, entró el comisario y se llevó al señor Loriflán. No tuvo tiempo de dejar su tarjeta, y gracias a la cantante húngara hemos podido averiguar sus señas. Ya ha oído usted al portero. Nos ha dicho que preguntásemos aquí, en el café.

- GEN. Bueno, bueno. Pero ustedes, ¿no saben quién es el señor Loriflán?
- CAPRI. ¡Oh! Esté usted tranquilo, mi general. Es un caballero. Un hombre de la mejor sociedad. Berenguela me lo ha asegurado, y ya sabe usted que Berenguela elige sus amigos entre la gente distinguida. Es posible que Loriflán sea el dueño de esta finca. (*A Filiberto.*) Perdone usted, caballero. El señor Loriflán, ¿está aquí?
- FILIB. (*Brusco.*) Está en la bodega embotellando vino. ¿Qué quieren ustedes tomar?
- GEN. (*Asombrado.*) Yo... Nosotros... Unas copas de madera...
- FILIB. (*Al mostrador.*) Dos maderas, ¡dos!
- GEN. (*A Capricol.*) ¡Embotellando vino! ¿Qué clase de hombre es este?
- CAPRI. (*Sin saber explicar nada.*) Diga usted... (*A Filiberto.*) ¿Tendría usted la bondad de entregar estas tarjetas al señor Loriflán? (*Le dan las tarjetas.*)
- FILIB. Con mucho gusto. Yo mismo se las entregaré. Y de paso veré qué hace con el vino. No, no es que sospeche de él, pero es bastante torpe.
- GEN. ¿El señor Loriflán está muchas horas aquí?
- FILIB. (*Alejándose.*) ¡Naturalmente! De ocho de la mañana a doce de la noche. (*Vase primera derecha.*)
- GEN. (*Cada vez más sorprendido.*) ¡Es un punto de café! ¡Oh! No me extraña... Yo conocí un muchacho en Burdeos que hacía lo mismo... ¡Pobre! Tiró la carrera.
- CAPRI. Usted agradecerá a usted la prueba de confianza que da usted a mi amigo Gastonnet apadrinándole. Para el chico esta es su consagración de hombre a la moda, porque todo París sabe que el general barón de Kadadec no interviene nunca más que en aquellas cuestiones de honor que surgen entre gente selecta.
- GEN. Pero bien entendido que nosotros no admitimos excusas.
- CAPRI. Desde luego.
- GEN. Nosotros vamos al terreno de las armas. Cuando yo intervengo en un asunto no hay actas ni componendas. ¡Las cosas serias!

- CAPRI. Nada, nada. Vamos al lance.
- GEN. Sería muy cómodo eso de abofetear a un caballero y luego...
- CAPRI. No; no le llegó a abofetear. Sólo le dijo: «Considérese usted abofeteado.»
- GEN. ¡Es lo mismo!
- CAPRI. Además nuestro apadrinado está contentísimo y deseando ir al terreno con un hombre tan *chic* como el señor Loriflán, que de seguro elegirá dos padrinos de lo mejor de París y tan distinguidos como él. (*Aparece Alberto primera derecha con dos tarjetas en la mano; se acerca a la mesa sin ver a Capricol y se dirige al general.*)
- ALBER. ¿Me han llamado ustedes, señores?
- GEN. Estamos esperando al señor Loriflán.
- ALBER. Soy yo... Alberto Loriflán..., servidor de ustedes.
- CAPRI. ¿Usted? (*Se vuelve y le ve.*)
- ALBER. (*Reconociéndole.*) ¡Ah! Muy buenos días, caballero. (*Se seca la mano en el delantal y se la tiende a Capricol; éste vacila y le da la mano timidamente. Entra un parroquiano.*) Es verdad. Usted no sabía que yo soy mozo de café... Ahí verá usted... Ahora ya lo sabe. Perdóneme un instante, que ha entrado un parroquiano. Vuelvo. (*Indignado a Capricol.*) ¿Qué quiere decir esta burla?
- GEN.
- CAPRI. Yo no lo comprendo, mi general. Le aseguro a usted que este hombre está con Berenguela y la sostiene espléndidamente.
- GEN. (*Furioso.*) Le han engañado a usted. Debe ser Berenguela la que sostiene a este hombre... (*A Filiberto, que aparece primera izquierda.*) Oiga usted... (*Pasando al lado de Filiberto.*)
- FILIB. (*Acercándose.*) ¿Qué desean los señores?
- GEN. ¿Usted sabe con qué recursos cuenta este camarero?
- FILIB. (*Con dolor.*) ¿Que si lo sé? ¡Ya lo creo!
- GEN. Vive de alguna mujer, ¿no es eso?
- FILIB. (*Asombrado.*) ¿Eh?
- GEN. Sí..., de alguna vieja...
- FILIB. ¡Ah! No, señor. Además del sueldo que gana

aquí, Alberto tiene más dinero que ustedes, probablemente.

GEN. ¿Está usted seguro?

FILIB. (*Alejándose de mal humor.*) Vaya si estoy seguro.

GEN. (*Rabioso a Capricol.*) Es una historia para que se ría de nosotros todo París.

FILIB. (*A Alberto.*) ¿Quiénes son estos señores?

ALBER. Verá usted. Ahora caigo a lo que vienen... (*Dándose importancia.*) ¡Se trata de un lance de honor! (*A Capricol.*) Ahora mismo voy, señores. (*A Filiberto.*) Son los padrinos de un pollo al que abofeteé anoche.

FILIB. ¿Y a ellos qué les importa ni por qué se meten en esto?

ALBER. ¡Ah! Es que tendremos que pegarnos.

FILIB. ¿Que se van ustedes a pegar? Aquí en el café, no... ¿Eh? No quiero escándalos.

ALBER. Tranquilícese usted... Nos batiremos en el campo, al amanecer... Estaré aquí a la hora de abrir el café.

FILIB. Pero ¿no tiene usted miedo?

ALBER. Un poco... Sin embargo, he leído en los periódicos muchos desafíos y he visto que nunca se hacen daño... (*Acercándose al general y Capricol, que se levanta dispuesto a marcharse.*) Perdónenme ustedes, señores, si les he hecho esperar. ¡La obligación! Supongo que vendrán ustedes en representación de ese caballero al que di anoche de bofetadas...

CAPRI. (*Protestando.*) ¡Oh! Bofetadas...

GEN. Sólo dijo usted: «¡Considérese usted abofeteado!»

ALBER. (*Con sencillez y dignidad.*) Es lo mismo... Le debo una reparación.

GEN. No, no... No la pide... Fué una disputa en un restaurante después de comer y beber... Gente joven... Estaban ustedes los dos muy alegres...

ALBER. ¿Yo muy alegre! ¡Cá! No, señor... Yo no estaba nada alegre... No había bebido una sola gota, y cuando no he bebido tengo el vino triste... No es esta la cuestión... Conozco los usos y (*Fili-*

berto ocupa primer término izquierda, enterándose de todo.) y costumbres del gran mundo, y estoy a sus órdenes... Además, si ese señor no desea una reparación, ¿a qué han venido ustedes?

CAPRI. Es que hemos reflexionado...

GEN. Justo... Hemos reflexionado, vemos que la cosa no es grave...

FILIB. *(En voz baja a Alberto y burlándose de él.)* ¡Claro, hombre! No quieren seguir el asunto porque les avergüenza tratar con un mozo de café.

ALBER. *(Herido en lo más vivo.)* ¡Ah! ¿Sí? *(Pausa.)* ¿Usted cree?... *(Pausa.)* Verá usted... *(Decidiendo.)* Caballeros... Ustedes han venido a exigir de mí una reparación. No lo pueden negar... Pues bien..., ¡la tendrán! Ahora mismo nombraré dos amigos para que se entiendan con ustedes... Mis amigos no pertenecen a la alta sociedad, pero son dos hombres dignos y honrados. Uno, el cartero, funcionario del Estado; modesto, pero funcionario... El otro, el oficial...

GEN. Un oficial.

CAPRI. ¿Le apadrina a usted un oficial?

ALBER. Un oficial, sí... El oficial de la cocina... El mozo del fregadero, vamos... El que lava aquí la vajilla... Ellos irán a buscar a ustedes al Club. *(Entra el oficial, segunda derecha.)* Oye, tú... Te necesito esta noche. *(Al general.)* Ya ve usted... que conozco las costumbres.

GEN. Está usted insistiendo en llevar al terreno este asunto y es usted el ofensor.

ALBER. Perdón, caballero... Yo no sé si soy o no soy el ofensor... Eso lo dilucidarán mis padrinos, el cartero y el mozo del fregadero... *(Alejándose.)*

GEN. Hay que evitar esto a toda costa... ¡Se burlarían de nosotros! *(Llamándole.)* Camare...

CAPRI. ¡No le llame usted camarero!

GEN. Es verdad. *(Reprimiendo el coraje.)* Señor Lori-flán... *(Alberto se vuelve a escucharle.)* Nosotros, en nombre de nuestro apadrinado..., damos a usted todo género de explicaciones y le ofrecemos sus excusas...

- ALBER. ¡Ah! Bien. Muy bien. (Pausa.) Pero por escrito...
- GEN. (Furioso.) ¡Por escrito! (Dirige una mirada furibunda a Capricol y reprímese de nuevo para hablar a Alberto.) ¡Conforme! ¡Le dará a usted explicaciones por escrito! (Quitándose el sombrero.) Servidor de usted, caballero.
- ALBER. Vayan ustedes con Dios. (Muy fino.)
- GEN. (A Capricol, mientras se dirige furioso a la puerta.) ¡Oh! Esta historia, ¿sabe usted? ¡Nos va a poner en ridículo!
- CAPRI. Perdone usted, mi general...
- GEN. No se lo perdonaré a usted nunca... ¡Nunca! (Vase chaflán.)
- CAPRI. (Se mete la mano en el bolsillo para pagar y vacila.) ¿A quién debo pagar estas copas?
- ALBER. (Naturalmente.) A mí. Yo les convidaría a ustedes, pero me parece que no es costumbre, ¿verdad?
- CAPRI. (Poniendo una moneda encima de la mesa.) Aquí tiene usted un franco.
- ALBER. Son ochenta céntimos y veinte que sobran... (Pone los veinte céntimos en la mesa. Capricol hace un gesto para dejarlos de propina. No se atreve. Los recoge azorado y vase chaflán.)
- CAPRI. Gracias, caballero.
- ALBER. Servidor de usted... (Pausa.) No se ha atrevido a dejarme propina. (Pausa.) Menos mal que tengo buen sueldo.
- LINA. (Entrando primera derecha, se dirige a Teresa.) Vendré a reemplazarla ahora mismo... ¿Qué querían esos señores que buscaban a Alberto?
- TER. (A Alberto.) Alberto..., ¿qué le querían esos señores?
- ALBER. (Arreglando el servicio.) Venían para concertar un desafío... Pero me han pedido perdón.
- LINA. (Riéndose.) Naturalmente... ¡Cómo se iban a desafiar con usted! ¡Un mozo de café! ¡Tendría gracia! (Vase chaflán.)
- ALBER. Siempre tiene que decirme alguna frase agradable.
- TER. ¿Le molesta a usted? (Pasa Eduarda foro.)

ALBER. No, señora... Pero hoy no me encuentro de buen humor.

TER. (*Viendo a Eduarda en la puerta.*) Aquí vienen a buscarle a usted.

ALBER. (*Sobresaltado.*) ¡Eduarda! ¡Esto sólo me faltaba!

Teresa, Eduarda y Alberto.

EDUAR. (*Entrando con aires de dama ofendida.*) ¡Aquí estoy yo!

ALBER. (*Retrocediendo.*) Ya te veo.

EDUAR. (*Autoritaria.*) Bueno... No perdamos el tiempo en discusiones inútiles... Me has hecho traición con una mujerzuela... Me has ocultado que eres millonario... Tengo dos razones poderosas para matarte... (*Movimiento de terror de Alberto.*) No temas... He consultado con mi madre lo que debía hacer, y como es una dama de muy buen sentido, me ha dicho que humanamente yo no tengo derecho a matar a un hombre que ha heredado... No te mataré... (*Alberto sonríe agradecido.*) ¡Me casaré contigo! (*Alberto retrocede espantado.*) No, no me lo agradezcas... (*Acercándose a él.*) Sé que no lo mereces... (*Alberto se separa.*) No te acerques; no me beses. (*Alberto se aleja más.*) ¡No quiero que me beses! He venido a avisarte para que prepares tus documentos en seguida... Nos casaremos la semana que viene... Ahora mismo voy a poner un telegrama a Bulgaria y otro a Dinamarca para que manden mi partida de bautismo.

ALBER. (*Estupefacto.*) ¿Pero has nacido en dos países distintos?

EDUAR. (*Suspirando.*) Mi santa madre no lo sabe con seguridad. (*Transición.*) La pobre no conoce la geografía.

ALBER. ¡Ah!

EDUAR. Ya lo sabes, voy al telégrafo y vuelvo inmediatamente... No me separaré de ti ni un instante... Aquí estaré contigo día y noche... ¡Ah! ¡Canalla! Vuelvo. (*Vase muy digna derecha.*)

ALBER. (*Una pausa. Luego empieza a arreglar las sillas*

y las mesas.) ¡ Ahí tiene usted ! (*A Teresa.*) ¡ No hay más remedio ! Voy a tener que casarme con Eduarda... ¡ Es justo !... La he seducido... La conocí inocente... Debo casarme... ¡ No me queda más recurso que dictar mi testamento y suicidarme !

TER. ¿ Está usted loco ?

ALBER. No... ¡ Estoy cansado ! La vida no me ofrece más que decepciones... La única mujer que me quiere en el mundo es ésta... Eduarda... Ya comprenderá usted que no tengo más remedio que matarme... (*Pasan Berenguela y Jacoba.*) ¡ Buen chasco se va a llevar !

TER. ¡ Calla ! Dos señoras.

ALBER. (*Mirando.*) Dos señoras... ¡ Vienen por mí ! Todos los parroquianos vienen hoy por mí.

Dichos, Berenguela y Jacoba. Después Filiberto y Lina.

BEREN. (*Entrando y dirigiéndose a Teresa.*) ¿ Don Alberto Loriflán ?

TER. (*Llamando a Alberto, que está de espaldas.*) ¡ Alberto ! (*Alberto se vuelve.*)

BEREN. (*Estupefacta.*) ¡ Mozo de café !

JACOB. (*Idem.*) ¡ Mozo de café !

ALBER. (*Sonriendo plácidamente.*) ¡ Mozo de café !

BEREN. ¡ Pues me he lucido !

ALBER. ¿ Por qué se ha lucido usted, señora ?

BEREN. ¡ Porque todo París se va a reír de mí !

JACOB. ¡ A ver ! ¡ Cuando se sepa que ha sido la amiga de un mozo de café !

BEREN. ¡ Ah ! Pero esto no puede ser... Tú me haces perder mi situación, mi nombre, mi fama... Tienes que reparar todo esto... Necesito una indemnización... Sí... Eso es... ¡ Te casarás conmigo !

ALBER. (*Viendo a Eduarda que pasa, foro, vuelve.*) Perfectamente... Pero para eso tendrá usted que ponerse de acuerdo con esta señora... (*Entra Eduarda.*)

EDUAR. ¿ Qué ocurre ?

BEREN. ¡ La húngara !

EDUAR. ¡ La mujerzuela !

ALBER. (*A Eduarda.*) Esta señorita desea casarse con-

migo... Discutan ustedes las dos, hagan valer sus derechos, díganse todo lo que tengan que decirse, y cuando hayan decidido lo que sea, ya me lo comunicarán. (*Coge copas y botellas y las coloca encima de la mesa, invitándolas.*)

BEREN. ¿Qué es eso?

ALBER. Son vinos, licores, para que elijan... Yo convido... ¡La primera ronda es mía! (*A Teresa.*) ¡Ahora tengo la esperanza de no casarme con ninguna de las dos! (*Se va al mostrador colocándose detrás al lado de Teresa. Eduarda y Berenguela se miran desafiándose.*)

EDUAR. Vamos a ver, señora... ¿Qué broma es esta? ¡Casarse usted con Alberto!

BEREN. ¿Y usted?

EDUAR. Es otra cosa... Me ha conocido inocente... abusó de mí... ¡Me debe una reparación! (*Berenguela y Jacoba rien a carcajadas.*)

BEREN. ¡Inocente!

EDUAR. Sí, señora, inocente.

BEREN. ¡Pues ya debió madrugar el pobre Alberto!

EDUAR. ¡Insolente!

BEREN. Mira..., a él puede que le engañes...; pero a mí no... Sé quién eres.

EDUAR. ¿Eh? (*Aterrada.*)

BEREN. Si... Las cuatro violinistas que van contigo no son tus hermanas.

EDUAR. ¿Que no?

BEREN. ¡Son tus hijas!

ALBER. (*Agarrándose a Teresa.*) ¡Sus hijas!

EDUAR. (*Queriendo protestar, pero azoradísima.*) Señora, usted no sabe...

BEREN. ¡Vaya si lo sé! Tienes además tres hijos, y uno de ellos es el gigante que estuvo el año pasado en Folies Bergères. (*Alberto suelta la carcajada.*)

EDUAR. (*Aniquilada finge un desmayo y se sienta en la silla, pero se levanta inmediatamente.*) ¡Ah! (*Dejándose caer en la silla.*) No..., no me desmayo... (*Se levanta.*) Prefiero marcharme... (*Vase chaflán.*)

BEREN. ¡Qué creías!

EDUAR. (*Vase haciendo gestos de burla.*) ¡Bah! (*Vase*

Eduarda. Berenguela y Jacoba salen hasta la puerta de la calle haciéndola burla.)

ALBER. (A Teresa.) Siete hijos y uno gigante.

TER. Y usted que creía haberla conocido inocente...

ALBER. Lo que engañan algunas fisonomías.

FILIB. (Llamando dentro.) ¡Alberto!

ALBER. ¡Voy! (Vase corriendo primera derecha.)

BEREN. (Entrando. A Jacoba.) ¡La desarreglé la boda!

JACOB. Ahora tienes que arreglar la tuya.

BEREN. ¡Cá! Yo no me caso... Veremos lo que dice Alberto... (Mirando.) Ahora vendrá... (Hablan bajo. Filiberto entra en escena y Teresa se pone el sombrero, disponiéndose a marchar.)

TER. ¡Ah! Señor Filiberto... Se me olvidó dar a usted antes una carta que trajeron de parte del señor Bigredón... Tome usted. Hasta luego. (Vase Teresa.)

FILIB. (Abre la carta y lee.) «Nuevo plan de campaña.» (Gesto de indignación.) ¡Ya me está a mí fastidiando este tío! (Leyendo.) «Para hacer saltar a Alberto he pensado que le sople usted la novia.» ¿Eh? (Vuelve a leer.) «Esta mañana he mandado a Berenguela de Aquitania un ramo de cuarenta francos con una tarjeta de declaración de usted.» (Estrujando la carta.) No..., no; esto es demasiado... Yo tengo que echar de aquí a ese hombre.

JACOB. ¿Qué vas a hacer? Alberto parece que se esconde...

BEREN. Le llamaremos.

JACOB. Puede que no quiera salir.

BEREN. Oye... Ahora que me acuerdo... Precisamente esta mañana recibí unas flores con una carta de un tal Filiberto, que vive en esta casa... Si fuera un hombre *chic*, no estaría mal vengarme de Alberto en sus narices... Voy a preguntar... (A Filiberto.) Usted perdone, caballero... ¿Vive en esta casa el señor Filiberto?

FILIB. Soy yo, señora... (Ambas retroceden sorprendidas.)

BEREN. ¡Usted!

JACOB. (Riéndose.) ¡Chica! ¡Sabes que tienes un partido loco en el gremio de cafeteros!

BEREN. (Si el dueño tiene tanto dinero como Alberto, lo mismo da.) (*Sonriendo incitante a Filiberto.*) Y... ¿no le extraña a usted verme aquí?

FILIB. No, señora... Aquí suele venir muy buen público... (*Aparte.*) ¡Yo he visto a esta mujer en alguna parte!

BEREN. (*Insinuante.*) ¿Me ha enviado usted unas flores esta mañana?

FILIB. ¡Ah, sí! (*Aparte.*) Ya pareció aquello... Es la de Alberto... (*A Berenguela.*) Bueno; pero, ¿sabe usted? Ha sido un error... Justo... Un error...

BEREN. ¿No eran para mí?

FILIB. ¿Cómo que no? Sí, señora... Las flores eran para usted, y puede usted guardarlas y hasta ponerlas en agua fresca para que duren... Pero, vamos..., no hay que darle importancia.

BEREN. ¿No recuerda usted lo que ha escrito en la tarjeta? Me dice usted «que siente por mí una viva simpatía y una gran admiración».

FILIB. (*Avergonzado.*) Bueno; pero no es verdad, señora, no es verdad. No haga usted caso. (*Con sencillez.*)

BEREN. Y que deseaba usted ser recibido en mi casa.

FILIB. No, señora, no... No tengo ningún interés... Y además yo soy muy formal, y no quiero que aquí en mi casa se me hable de esas cosas... Soy un comerciante y tengo mucho que hacer... ¡Qué quiere usted! Ya sé que hay muchos dueños de café que andan por ahí con unas y con otras; pero yo no soy así.

FILIB. Perdone usted, señora; pero ahora no se me ocurre ninguna grosería que decirle... Y luego que usted es una mujer y viene a hacer aquí gasto, ¿no es verdad? Otra cosa no venga usted a buscar aquí, porque conmigo pierde el tiempo.

BEREN. ¡Qué atrocidad!

FILIB. ¿Sabe usted?... Yo, desde que me quedé viudo, no he vuelto a pensar en la bagatela... Ya es tarde para esas bromas... No, no... Esto no quiere decir que ustedes no me gusten... ¡Vaya! Son ustedes guapas y apetitosas... ¡Las dos! ¡Las

- dos ! Usted y la pequeña también... Pero yo ya... Lo dicho... Que no estoy por la bagatela.
- BEREN. ¡Pues lo va usted arreglando ! ¿Pero es que acaso le he buscado a usted yo ? ¿Le he pedido que me enviara un ramo de flores ?
- FILIB. No, no... Desde luego... ¡Ni a mí se me hubiera ocurrido nunca mandárselo !
- BEREN. (A Jacoba.) ¿Pero qué te parece esto ?
- JACOB. ¡Chica, que no lo entiendo !
- BEREN. ¡Vámonos de aquí !... ¡Cualquier día me van a coger a mí dentro de este cuchitril ! (Vanse Berenguela y Jacoba.)
- FILIB. ¡Cuchitril ! ¿Pero es que todo el mundo va a insultar mi café ? Vayan ustedes con Dios... Esta casa no las necesita a ustedes... ¡Flores venenosas ! ¡Vaya !... ¡Ah ! (Viendo entrar a Lina.) Ven aquí tú, linda flor de inocencia !

Filiberto y Lina.

- LINA Buenos días, papá.
- FILIB. Vamos a repasar las cuentas... Me parece que la caja debe tener que entregarme dinero.
- LINA (Coge el libro y lo abre, acercándose a la primera mesa derecha.) No, no, papá... Creo que es todo lo contrario.
- FILIB. ¿Cómo ?
- LINA Sí... Hay hasta una cuenta que no se ha podido pagar. Es una factura del señor Bigredón.
- FILIB. ¡Eh ! (Mirando la factura.)
- LINA Mira... un traje de frac.
- FILIB. ¿Un traje de frac que se ha hecho el señor Bigredon por mi cuenta ? ¡Vaya si tiene tupé !
- LINA Además, te tengo que decir que ayer vino el señor Bigredon con siete u ocho amigos...
- FILIB. ¿Pagó ?
- LINA No... Dijo que lo cargaran a tu cuenta... Que todo formaba parte del nuevo plan de campaña... Que quería fatigar a Alberto... En fin, papá, yo no entiendo las combinaciones que os traeis vosotros... ¿Me lo explicarás alguna vez ?
- FILIB. Son cosas muy complicadas, hija mía... No las

LINA puedes comprender... ¡Dios mío! ¡Quién me mandaría a mí meterme en este lío!
Aquí tienes al señor Bigredón. (*Vase al mostrador. Entra muy amable. Filiberto le mira con cara de pocos amigos.*)

Dichos y Bigredón por chafán.

BIGRE. Buenos días, señores...

FILIB. (*Secamente.*) Buenos días. (*Paseándose agitado.*)

BIGRE. (*Siempre amable.*) Ya estoy mejor... Muchas gracias.

FILIB. Me alegro.

BIGRE. Anoche, en el restaurante, me indispuse ligeramente. ¡Claro! Comí con tanto apetito... Pero hoy he mandado llamar al médico de usted...

FILIB. ¿A mi médico?

BIGRE. Sí... Me recetó un remedio magnífico...

FILIB. Que habrá pedido a mi boticario... (*Furioso y conteniéndose a duras penas.*)

BIGRE. Naturalmente..., y aquí me tiene usted como un reloj...

FILIB. Vaya, hombre... (*Pausa. Pónese serio.*) Mire usted, señor Bigredón; ha llegado el momento de que hablemos seriamente. Si usted quiere continuar siendo aquí bien recibido, es menester que no vuelva a poner los pies en esta casa.

BIGRE. ¡Eh!

FILIB. ¿Qué lío es ese del ramo de flores? ¿Cree usted que yo estoy dispuesto a gastarme el dinero en flores para las *cocottes*? Esta mañana ha habido aquí un desfile de mujerzuelas... En esta casa, señor Bigredón... (*A media voz.*) ¡Donde vive mi hija! ¡Ah! ¡Si no me contuviese! (*Mira a Lina, y con voz emocionada la habla.*) ¿Has dado ya tu lección de inglés?

LINA (*Acercándose.*) No se trata ahora de eso, papá... Yo quiero hablarte de Alberto... Desde hace unos días está imposible; se le regaña y no hace caso... (*Lina se pone el sombrero.*)

BIGRE. ¡Eso está muy bien!

FILIB. ¿Por qué está bien?

BIGRE. Hay que regañarle mucho, regañarle constan-

- temente, para hacerle aquí la vida imposible... Así llegará un momento en que, hartó, se despedirá...
- LINA. *(Indignada.)* ¡Ah! ¿Sí?... ¿Conque esas tenemos? Pues escuche usted, señor Bigredón... Yo no sé una palabra de esos líos; pero conmigo no cuenten ustedes... Ese proceder me parece asqueroso..., ¿lo oye usted? Asqueroso... Sí, señor Bigredón... Ya lo sabe usted... Buenos días, señor Bigredón... *(Vase indignada por la derecha. El oficial se entretiene detrás del mostrador.)*
- FILIB. Tiene razón la pequeña... Pero muchísima razón... Yo soy un idiota. No debí hacerle a usted caso. *(Vuelve a pasear.)* ¡Vaya! Siempre con planes de campaña... Médico, botica y sastre, todo por mi cuenta...
- BIGRE. *(Después de una pausa que emplea para meditar, haciendo unas muecas muy raras.)* Señor Filiberto. *(Como inspirado.)* Se me acaba de ocurrir una idea maravillosa que lo solucionaría todo. *(El oficial se esconde a escuchar.)*
- FILIB. *(Incomodado.)* No la quiero saber. *(Se aleja.)*
- BIGRE. ¿Eh? ¿No la quiere saber? *(Se sienta.)* Bueno... No la sabrá usted...
- FILIB. *(Pausa. Se pasea y luego se acerca a Bigredón.)* Bueno... *(Timidamente.)* A ver, diga usted esa idea. *(Se sienta.)*
- BIGRE. *(Misterioso.)* ¿Conoce usted a esa señorita que acaba de salir de aquí?
- FILIB. Mi hija.
- BIGRE. *(Con acento fatídico.)* ¡Es preciso que Alberto se case con su hija de usted! *(El oficial se esconde debajo del mostrador.)*
- FILIB. *(Rompiendo a reír.)* ¡Qué se case con mi hija! ¡Ja, ja, ja!
- BIGRE. ¿Qué?
- FILIB. *(Riendo siempre.)* Usted está loco. ¡Tiene gracia! ¡Que se case! ¡Ja, ja, ja!
- BIGRE. Pero..., ¿no le parece a usted una idea genial?
- FILIB. Vamos, hombre... ¡Vamos! *(Pausa.)* ¡Vamos! *(Poco a poco deja de reír y se va poniendo serio.)* Permanece quieto, reflexionando, se rasca la ca-

beza, mira a Bigredón, intenta hablar, se arrepiente... Todo esto queda confiado al discreto talento del actor.) No, pues mire usted... Para ser un hombre inteligente, no es usted tan tonto como parece. (Pausa.) Y Alberto, es verdad, no deja de tener buenas cualidades en el fondo... ¿Sabe usted? Ahora ya no bebe..., tiene más instrucción... Hasta sopecho que debe ser hombre delicado... ¡Bah! Es intil pensar en eso. Mi hija no consentirá nunca...

BIGRE. ¿Por qué?

FILIB. ¡Ah! Amigo mío... ¡El orgullo! ¡El orgullo! La diferencia de clase... Alberto es un mozo de café. (Con acento despreciativo.)

BIGRE. Muy bonito. ¡Ahí tiene usted el resultado del piano y las lecciones de inglés a una muchacha!

FILIB. ¿Cree usted que está mal?

BIGRE. ¿Es que hace falta inglés para vivir en este barrio?

FILIB. No, verdaderamente... Además, que todos los ingleses que viven en el barrio saben francés...

BIGRE. ¡Claro!... ¡Señor Filiberto!... Mi querido señor Filiberto, hay que convencer a su hija... Verá usted... Tengo otra idea... Dígala usted que Alberto está enamorado de ella...

FILIB. ¡No es verdad!

BIGRE. Pero dígaselo usted, por si acaso... Eso la intrigará...

FILIB. No, no...; yo no podré hablar con mi hija de esas cosas...

BIGRE. ¿Quiere usted que se lo diga yo?

FILIB. ¡Oh, no! Menos... ¡Usted la repugna!

BIGRE. ¡Señor Filiberto!...

FILIB. Yo se lo diré... Sí... Luego o mañana la hablaré.

BIGRE. Conviene hacerlo lo más pronto posible.

FILIB. Sí; sería una solución... Si se casaran, Alberto podría continuar aquí de camarero sin sueldo... Después de todo, yo no estoy descontento de su servicios.

BIGRE. ¡Ah! Ahí viene Alberto... Vámonos a preparar nuestro plan...

FILIB. Venga usted... (Vanse segunda derecha. Entra

Alberto, que los ve alir y los contempla con desconfianza, por primera derecha.)

Alberto y el Oficial.

OFIC. *(Escondido debajo del mostrador, se asegura que han desaparecido Bigredón y Filiberto, y salta sobre la silla. Habla muy asustado, llevándose las manos a la cabeza.)* ¡Chico! ¡Chico! ¡Chico! ¡Chico! ¡Chico! ¡No sabes lo que pasa!...

ALBER. *(Sorprendido.)* ¿Qué hay?

OFIC. ¡Una friolera! Papá Bigredón y papá Filiberto están maquinando una combinación contra ti... ¡Chico! ¡Chico! ¡Chico! ¡Qué atrocidad!

ALBER. ¿Pero qué es?

OFIC. ¡Una barbaridad!

ALBER. Habla ya, hombre.

OFIC. Te quieren casar con la señorita. *(Alberto se deja caer en una silla. El oficial dice todo este párrafo muy de prisa e imitando los gestos de Bigredón y Filiberto.)* «¡Tiene que casarse con su hija!», decía papá Bigredón. «¡Mi hija no consentirá nunca!», decía papá Filiberto. «¡Malditas lecciones de inglés!», decía papá Bigredón. «¡Yo no me atrevo a proponérselo!», decía papá Filiberto. «Hay que hablarla en seguida», decía papá Bigredón... *(El oficial se apea del mostrador y se acerca a Alberto.)*

ALBER. ¡Calla! Hace falta ser canalla para idear una cosa así.

OFIC. ¿Cómo dices?

ALBER. Digo: Hace falta ser canalla para idear una cosa así.

OFIC. Es verdad... Mira que querer casarte con una persona que aborreces...

ALBER. *(Sorprendido.)* ¡Eh! Sí... Claro está que la aborrezco...; pero eso no sería una razón... En un matrimonio eso no tiene importancia... Pero pensar en casar a un mozo de café como yo con una señorita distinguida, que sabe el inglés y toca el piano... ¡Sabes que eso sería una verdadera infamia!

OFIC. Hombre, yo creo que no... Después de todo, tú

eres rico, eres más rico que ella... Tienes más...
(Haciendo ademán de tener dinero.)

ALBER. ¡Bah! Tú tienes de la riqueza... ideas de mozo de fregadero... Ves esas cosas desde la cocina. (Se sientan.) Si tú hubieras ido de juerga como yo, si hubieras frecuentado gente del gran mundo, verías que no es la riqueza la que diferencia a las personas... Mira..., yo he estado con Berenguela, rodeado de comodidades, de lujo y de confort... Sus muebles valen cien veces más que esta porquería que tiene aquí papá Filiberto... Y si vieras las sortijas que tiene Berenguela. ¡Lleva los dedos cubiertos! La señorita Lina no ha tenido jamás sortijas así... Y a pesar de todo eso..., ¡Ahí tienes lo que son las cosas!... Berenguela está al nivel de un mozo de fregadero... Y en cuanto a su moralidad, de eso no hay que hablar... No está ni siquiera a la altura del fregadero... Mientras que la señorita... (Pausa.) Bueno... La señorita... Es... ¡Es la señorita! No es que ella merezca respeto por ser la hija del señor Filiberto... Ya ves tú... Al señor Filiberto le tengo yo menos respeto que a una botella empezada... Pero ella es..., es... la señorita... (Levantándose.) ¡Y hace falta no tener idea de nada bueno para pretender casar a una linda señorita con un patán como yo, aunque esté lleno de oro y billetes...

OFIC. No, no... Tú te desprecias demasiado, Alberto...

ALBER. ¡No!

OFIC. Te digo que sí... Naturalmente, cuando hablas conmigo, por ejemplo, pareces un patán; pero yo te he oído hablar con gente fina, y aunque no entiendo de esas cosas, me parece que puedes alternar con cualquiera.

ALBER. ¡Tú qué sabes!

OFIC. Yo te digo la verdad...

ALBER. Pero, en fin, yo me pregunto cómo se van a componer para hablar de eso con la señorita...

OFIC. ¡Oh! Yo sí lo sé... Le van a decir que estás enamorado de ella.

ALBER. (*Asustado.*) ¡Calla! ¡Calla! Si sigues hablando así, se me pondrá colorado hasta el cerebro.

OFIC. Eso he oído decir...

ALBER. ¿Tú crees que la dirán eso? ¡Pues no voy a saber dónde esconderme! ¡Qué vergüenza! No, no quiero que la digan semejante cosa.

OFIC. No hay más que un medio para impedirlo.

ALBER. ¿Cuál?

OFIC. Que hables tú con la señorita, explicándola lo que pasa, y diciéndola que ni la quierres ni te gusta... (*Larga pausa.*)

ALBER. Mira, tienes razón... Debo hablarla. Además, desde que la conozco, y a pesar de odiarla, siempre he buscado alguna cosa que decirle... Pero no se me ocurría nada... Ahora sí... ¡Ahora tengo ya algo de que hablarla!... Se lo voy a decir en seguida, así, de sopetón... Cerraré los ojos, aguantaré la respiración, y ¡zas!, se lo soltaré todo...

OFIC. Ahora es la ocasión, porque volverá de dar la lección de inglés, y el café está solo...

ALBER. (*Haciendo un esfuerzo para parecer enérgico.*) Sí, sí... La hablaré... Vaya si la hablaré...

Dichos y el Parroquiano.

OFIC. Mala suerte... Un parroquiano.

ALBER. ¡Eh! ¿Un parroquiano? (*El Parroquiano entra y se sienta en primer término derecha.*)

OFIC. (*A Alberto.*) Hay que echarle para que podáis hablar a solas...

ALBER. (*Al parroquiano.*) ¿Qué desea usted, caballero?

PAR. 1.º Un boc y recado de escribir.

OFIC. (*A Alberto.*) ¡Calcula! ¡Se va a estar dos horas!

ALBER. Caballero, se nos ha concluido la cerveza...

OFIC. Estamos esperando que llegue la nueva.

ALBER. En la cervecería de enfrente encontrará usted una cerveza Pilsen magnífica...

PAR. 1.º (*Pausa.*) Bueno; no tengo empeño en tomar cerveza... Deme usted café...

ALBER. ¡Maldita sea!

OFIC. ¡Es un pelma!

ALBER. (*Vacilando.*) Es que..., es que...

OFIC.
ALBER.

OFIC.
ALBER.
PAR. 1.º

ALBER.

OFIC.
PAR. 1.º
ALBER.

OFIC.
ALBER.
OFIC.

LINA

OFIC.

LINA

ALBER

OFIC.

ALBER.
OFIC.

OFIC. (A Alberto.) Dile que van a venir los albañiles.
 ALBER. Verá usted... Estamos esperando a los albañiles, que vienen con unas escaleras muy largas para pintar las paredes...

OFIC. Las puertas habrá que dejarlas abiertas...

ALBER. Y habrá unas corrientes de aire espantosas...

PAR. 1.º (Incomodado.) ¿Y por qué no cierran ustedes el café?... Vaya con la molestia... Yo he dado cita aquí a un amigo...

ALBER. Oh, eso no importa... Vaya usted a la cervecería de enfrente, y ya le enviaremos al amigo cuando venga...

OFIC. (Abriendo la puerta para echar al parroquiano.)

¿Qué señas tiene su amigo?

PAR. 1.º Es un señor alto y con barba gris...

ALBER. Puede usted estar tranquilo... Le mandaremos a usted todo lo que venga con barba gris... (Vase el Parroquiano.)

OFIC. Y con barba negra... (Empujándole.)

ALBER. Y con barba blanca... (Empujándole.)

OFIC. Y sin nada de barba, ¡Uf!

Dichos y Lina por chaflán.

LINA ¿Qué le pasa a ese señor? ¿Se va sin tomar nada?

OFIC. ¡Oh! ¡Pide unas cosas imposibles! ¡Es un señor que no sabe lo que quiere!...

LINA Sí...; los parroquianos se van de la casa porque el café está muy descuidado... Ya sé, ya sé que usted no tiene la culpa... (Al Oficial.)

ALBER. Ni siquiera me lo dice directamente... Me desprecia como el ser más insignificante..., y es que soy un paria, como dicen en la India.

OFIC. (Acercándose.) Anda... Este es el momento de hablarla.

ALBER. (No va a ser fácil.)

OFIC. Atrévete, hombre... ¡No te cortes!... Y dila que la aborreces... (Vase el oficial. Lina se coloca en el mostrador. Alberto la mira, tose, vacila. El Oficial, desde la puerta, antes de salir, le dice de nuevo en voz baja y casi por señas.) ¡Que la aborreces!

Lina y Alberto.

ALBER. (*Va a la puerta, la abre, mira a un lado y a otro, entra de nuevo en escena y avanza tímidamente hacia el mostrador. Acercándose.*) Señorita...

LINA ¿Qué hay?

ALBER. (*Sin levantar la cabeza.*) Me trata usted con excesiva dureza, señorita.

LINA ¿Eh?

ALBER. (*Vacilando.*) Perdón, señorita... Con el respeto más profundo, con el respeto que..., que es debido..., ¿quiere usted escucharme cinco minutos?... Cinco minutos nada más, reloj en mano. La diré mi respetuosa manera de pensar, y transcurridos los cinco minutos, cerraré la boca... ¡Seré mudo como una estatua!... ¡Eso es! (*Pausa.*) Señorita..., yo sé por qué es usted tan dura conmigo... La impulsa un sentimiento que honra a usted por lo bondadoso... Usted no es capaz de nada malo. (*Gesto de Lina.*) Déjeme usted hablar... La juro que no pasará de los cinco minutos que usted me ha concedido...

LINA No, no; se los ha tomado usted solo...

ALBER. ¡Bueno!... Pongamos que usted no me los ha negado... (*Rápido.*) ¡Ah! Pero yo estoy gastando mis cinco minutos inútilmente para no sacar nada... (*Habla con gran rapidez.*) Decía que no puede abrigar más que nobles y elevados sentimientos y que por eso sin duda muestra usted sus rigores conmigo... (*Hablando más despacio.*) Usted ha debido pensar: Este muchacho ahora es rico, pero yo le tengo que tratar como siempre le traté.

LINA (*Vivamente.*) ¡Oh, de ninguna manera!...

ALBER. Lo niega usted para no rebajarme... ¿Ve usted? Otro noble sentimiento... (*Con gran tristeza.*) ¡Si usted no tiene más que buenos sentimientos! (*Se deja caer sobre una silla en primer término y exclama dolorosamente, alzando los ojos al cielo.*) ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío!

LINA ¿Qué le sucede a usted?

ALBER. No, nada... Es que hablo con Dios, señorita. Con

LINA
ALBER

Dios que no es orgulloso y deja que los mozos de café le contemos nuestras penas... (*Vuelve a elevar los ojos al cielo.*) ¡Señor!... (*Transición; rápidamente, dirigiéndose a Lina.*) Bueno... Esto no entra en los cinco minutos... (*Eleva otra vez los ojos al cielo.*) ¡Señor! (*Transición. A Lina como antes.*) Pero puede usted escuchar lo que le digo. Es de confianza. (*Mirando al cielo y juntando las manos.*) Señor..., yo estoy condenado a ser un desgraciado toda la vida... Diga usted a la Providencia que sea algo más compasiva conmigo. Me envía la fortuna, es verdad; cientos y cientos de miles de francos, que no me proporcionan ningún placer. Me pone en relación con personas muy brillantes, pero que me aburren, y después la Providencia me guiña un ojo con picardía y me dice: «¿Pero de qué te quejas, Alberto, de qué te quejas?» Y me lo pregunta sabiendo que la única felicidad, la que constituiría mi suprema felicidad, esa no es para mí... ¡Ah, no!... En la puerta de la felicidad la Providencia ha puesto un cartel que dice: «¡Prohibida la entrada para Alberto!» (*Levántase con resolución y se dirige a Lina.*) Señorita..., se lo suplico a usted... Dígame de una vez que me desprecia usted.

LINA ¿Yo? ¿Por qué? ¡Vamos! ¡Vamos!... No diga usted tonterías...

ALBER. (*Con desaliento.*) Ni eso siquiera... No me quiere usted decir que me desprecia... No..., si me doy cuenta exacta de que aunque tuviera muchos millones, sería siempre un muchacho mal educado... Pero lo que yo quería pedirle a usted es una cosa que una señorita puede conceder siempre a un criado... Hacerle observaciones cuando cometa alguna falta de educación..., y al pedir esto no es que yo pretenda elevarme por encima de mi humilde condición... ¡Ca! No, señorita... Desde hace quince días, todas las noches, al dar las doce y media, me pongo un frac y me elevo por encima de mi condición... Y nada, no me divierte. (*Con vehemencia.*) No, no. Quiero que-

darme en mi sitio, no salirme de mi esfera... Pero lo que no puedo soportar es que usted crea que yo soy un hombre mal educado... (*Con emoción sincera.*) ¡Estas son cosas muy dolorosas! ¡Muy dolorosas!

LINA (*Con amabilidad.*) Bueno, hombre, bueno... Cálmese usted, y, para darle gusto, le haré algunas observaciones...

ALBER. (*Muy contento.*) ¿De verdad? ¡Sí, sí! ¡Pero observaciones duras, muy duras!, porque cuando uno no está en situación de poder escuchar las cosas que... (*Deteniéndose.*) las cosas que quisiera escuchar a una persona, por lo menos se desea ser maltratado por ella, pero con crueldad... (*Lina hace signos negativos.*) ¡Sí! ¡Sí! Con mucha crueldad. (*Con vehemencia.*) ¡Ah, señorita! Cuánto siento que su papá no pueda echarme de aquí a puntapiés...

LINA ¿Por qué?

ALBER. Pues porque en ese caso yo me diría: «¡Bueno! Vamos a desembuchar todo, y sea lo que Dios quiera y pase lo que pase... Marchémonos, pero quitándonos este peso que nos ahoga el corazón...» Y ahí tiene usted lo que son las cosas... No puede ser... No, no; no puede ser... No puedo librarme de este secreto... Es mi sino... Estoy obligado a permanecer en esta casa hasta el quince de mayo de mil novecientos treinta y dos, y si descubriese lo que llevo dentro del pecho, mi vida aquí sería un infierno... (*Pausa.*) Además, ¿quiere usted saber lo que me hace sufrir más? Pues que no tengo valor para perder definitivamente la esperanza. ¡Toma!... Si perdiera toda esperanza me quedaría tranquilo... Pensaría: «¡Bueno! ¡Te has hundido! Fastidiáste...; tú te tienes la culpa por haberte enamorado de una mujer que está por encima de tu condición...» (*Gesto de Lina. Alberto vivamente.*) Una mujer que usted no conoce, desde luego... (*Pausa.*) Ya ve usted... Dicen que se ha visto a muchos reyes que se casaban con pastoras... Se ha visto... ¡Hubiera querido verlo yo! Sin em-

bargo (*Rápidamente.*), lo que nunca se ha visto es que un mozo de café, zafio, ignorante, grosero, sin educación, ponga sus ojos en una personita sabia y distinguida, que tiene más inteligencia en el más chiquitín de los cinco dedos de sus manos que él en toda su persona. (*Pausa.*) Ahora que también... (*Persuasivo.*) esa personita sabia y distinguida ignora que este mozo de café no es tan torpe como parece... Tiene muchas ideas en la cabeza..., ideas bastante buenas..., aunque no muy ordenadas... Pero las tiene..., las tiene... No salen a menudo, pero salen alguna vez; bastaría que le mirasen con indulgencia para que este mozo de café se corrigiera y... ¡Quién sabe! ¡Aprendería tal vez el piano y el inglés como otro cualquiera!... (*Lina sonríe disimuladamente.*) Y en cuanto a la educación, eso también se corrige haciéndose observaciones de vez en cuando... En vez de pensar: «Qué desgracia tener que aguantar a este animal», bastaría con decir sencillamente al animal: «¡Animal, atención! No hagas eso, que no es correcto.» Y el animal no necesitaría más para aprender, pues por no disgustar a quien le enseñaba, sería capaz de cambiar de raíz y hasta puede que llegara a convertirse en todo un señor hecho y derecho... (*Exactamente.*) Porque el amor, ¿sabe usted?, vuelve del revés a un hombre, pero es cuando el amor es grande y fuerte. (*Muy rápido.*) ¡Ah! Y de eso sí que no hay duda... El amor que yo siento es todopoderoso... Sí, señorita... Y ahora lo digo... Yo quiero con toda mi alma a..., ¡a alguien!, y no habrá quien me impida decir a quién... A... A... (*Vacila y de pronto mira al reloj.*) Bueno..., creo que ya han pasado los cinco minutos.

Dichos, Oficial segunda derecha. Parroquiano y Filiberto.

OFIC. Que vienen parroquianos. (*Acercándose disimuladamente a Alberto.*) ¿La has dicho que la odias?

ALBER. (*Distraído y siguiendo a Lina con los ojos.*) Sí...

- OFIC. (Asombrado.) ¿Eh? ¡Pues te has lucido!
- LINA (Mirando, aunque sin querer, de vez en cuando a Alberto, vuelve a llamar a la primera derecha.) ¡Papá!
- ALBER. (Al Parroquiano, que se habrá sentado primer término izquierda.) ¡Ah! ¿Es usted, caballero?
- PAR. 1.º Sí... He vuelto porque estoy seguro que mi amigo vendrá a buscarme aquí... ¿Ha venido un señor con barba gris?
- ALBER. (Siempre distraído y siguiendo a Lina con la vista.) ¿Un señor con barba gris?
- PAR. 1.º Sí...
- ALBER. (Idem.) ¿Sombrero hongo y un gabán?
- PAR. 1.º Un gabán color café...
- ALBER. Un gabán marrón... (Fijándose por primera vez en lo que hace.) No, señor, no... ha venido nadie desde que usted se fué...
- PAR. 1.º (Mirando a Alberto extrañado.) Bueno; deme usted café.
- ALBER. Al momento... ¡Un café, uno! (Vase por la segunda derecha. Entra Filiberto. Lina le llama al mostrador.)
- LINA Papá... Tengo que decirte una cosa muy grave... Ven..., acércate... Nunca he entendido por qué este camarero no se puede marchar de aquí...
- FILIB. (Esquivándose.) ¡Bah! Eso sería muy largo de explicar. Ya te lo diré...
- LINA (Nerviosa.) No, no... Es que es preciso que se vaya en seguida. (Alberto sale por la segunda derecha con un servicio de café.)
- FILIB. Mira, hija mía... No puede ser... Estoy en unas condiciones especiales con él... Si se fuera tendría que darle una suma importante...
- LINA ¿Por qué?
- FILIB. Porque hemos hecho un contrato...
- LINA Pues págasela...
- FILIB. ¡Eh! Eso se dice fácilmente...
- LINA (Resuelta.) Papá..., si ese camarero no se va, me iré yo...

FILIB. ¡Criatura! ¡Qué maneras son esas de hablar a tu padre!... Tú no eres mayor de edad...

LINA ¡Ni falta que me hace!...

FILIB. Ven aquí, Lina, hija mía... Cálmate... Verás... Voy a arreglar el asunto con él... En el fondo, toda esta historia me fastidia y estoy harto... El no se querrá marchar, y a mí me está costando cinco mil francos al año... Ahora mismo le hablaré...

LINA Te suplico que le hagas irse. *(Alberto sale segunda izquierda con la cafetera. Filiberto le detiene en medio de la escena.)*

FILIB. Alberto...

ALBER. ¿Qué desea usted? *(Acercándose a Filiberto.)*

FILIB. *(A media voz.)* He reflexionado... Yo le pedía a usted doscientos mil francos por dejarle marchar; pero si me quiere usted abonar los gastos que me ha ocasionado el señor Bigredón, le dejo a usted en libertad sin indemnización de ninguna clase. *(Pausa.)*

ALBER. *(Muy enérgico, mirando a Lina, Pausa.)* ¡No!

FILIB. *(Asustado.)* Ya comprenderá usted que yo no debo pagar los planes de campaña del señor Bigredón.

ALBER. No se trata de eso... Aunque no tuviera que pagar un céntimo, no dejaría la casa...

FILIB. ¡Ah! Sí...; ya veo lo que usted quiere. *(Indignado.)*

PAR. 1.º *(Se habrá puesto a leer y levanta la cabeza por encima del periódico.)* ¿Y ese café?

ALBER. ¡Voy! ¡Voy! *(Va hacia el cliente, pero Filiberto le detiene.)*

FILIB. *(Al Parroquiano.)* ¡En seguida! *(Sujetando del brazo a Alberto.)* Sí; ya veo lo que usted quiere... Usted se ha propuesto que le pague yo los doscientos mil francos...

ALBER. *(Con vehemencia e indignado.)* ¡Jamás tomaría esa cantidad de las manos de usted! ¡Jamás aceptaría ese dinero! ¡Jamás me atrevería a despojar a... *(Mira a Lina.)*, a..., a su familia! Si me aprovecho de la imposibilidad en que se encuentra para echarme de aquí es porque yo no

puedo dejar esta casa... He devorado toda clase de amarguras en su café... (*Con emoción.*); pero no me es posible abandonar este café... Le quiero demasiado... No, no... No me puedo ir...

FILIB. (*Desconcertado.*) ¡Está bien! ¡Está bien!

PAR. 1.º (*Volviendo a asomar la cabeza por encima del periódico.*) ¿Y ese café?

ALBER. ¡Va! (*Se acerca a la mesa del Parroquiano y empieza a echar el café; pero como está distraído mirando a Lina, vierte el líquido en la mesa, sin echar una sola gota en la copa.*)

PAR. 1.º ¡Eh! ¡Caracoles! ¿Pero no ve usted lo que hace? (*Se levanta precipitadamente, limpiándose con el pañuelo.*)

ALBER. (*Aturdido.*) ¡Ah! Perdone usted, caballero, perdone usted. Yo le limpiaré... (*Vase corriendo al fondo, deja la cafetera en una mesa y vuelve con un paño, poniéndose a limpiar la mesa a conciencia y empleando mucho más tiempo del preciso.*)

PAR. 1.º (*Se vuelve a sentar y coge el periódico.*) Mientras podía usted haberme servido el café.

ALBER. Ahora mismo... Ahora mismo...

FILIB. (*A Lina en el mostrador.*) No quiere irse... Se aprovecha de que tengo que pagarle una indemnización de doscientos mil francos. Ya comprenderás, hija mía, que yo no puedo pagar esa cantidad...

LINA (*Resuelta.*) Bueno... Yo le hablaré...

FILIB. ¿Tú?... No conseguirás nada...

LINA Lo veremos... Llámale aquí, pero en seguida... (*Alberto ha vuelto a coger la cafetera y está disponiéndose a echar el café en la copa del Parroquiano, que al verle exclama.*) ¡Por fin! (*Filberto llama a Alberto y éste se aleja precipitadamente del Parroquiano, sin servirle.*)

PAR. 1.º (*Sacando la cabeza por encima del periódico.*) ¡Por fin!

LINA ¡Alberto! Venga usted aquí...

PAR. 1.º (*Estallando.*) Bueno; pero ¿y el café?

FILIB. Yo voy a servirle, caballero... (*Coge la cafetera de mano de Alberto y da dos pasos, pero se de-*

tiene en medio de la escena, mirando a Lina y a Alberto, que hablan. Sin avanzar, con la cafetera en la mano, permanece allí todo el tiempo que dura la conversación.)

LINA *(A Alberto.)* ¿Es verdad lo que acaba de decirme mi padre? No lo puedo creer... ¿Ahora resulta que para marcharse de aquí exige usted doscientos mil francos?

ALBER. Yo no exijo nada... Yo no quiero dinero... Por nada en el mundo perjudicaría yo a usted en un solo céntimo, mucho menos en doscientos mil francos... *(Pausa.)* Es que no quiero dejar esta casa. *(Bajando la vista.)*

LINA *(Mirándole fijamente.)* ¿Que no quiere usted dejar esta casa?

ALBER. *(Intimidado de nuevo, como en la escena anterior, vacila y tartamudea.)* Yo..., es que... no sé... Pero, si usted me lo pidiera... Si eso la proporciona a usted una gran alegría..., o aunque fuera una pequeña alegría...

LINA *(Suavemente.)* Hágame usted el favor de marcharse, Alberto...

ALBER. *(Conmovido.)* Está bien, señorita, está bien... *(Conteniendo la emoción.)* Me marcharé... *(Se vuelve para dejar caer una lágrima en la mano.)* ¿Qué le pasa a usted?

LINA
ALBER. No, nada...

LINA Sí..., sí... A ver...

ALBER. No...; es... un poco de emoción, señorita; un poco de emoción. *(Sollozando.)* Por culpa de este modesto café... Siempre que dejo una colocación... *(Sollozando.)* me sucede lo mismo...; pero ya se pasa...; sí..., ahora se pasa...

LINA *(Vacilante y conmovida también.)* Alberto...

ALBER. Señorita... *(Conteniendo las lágrimas y los sollozos.)*

LINA Señor Alberto...

ALBER. Lina... *(Movimiento de Lina. Alberto inmediatamente rectifica.)* Señorita Lina...

LINA *(Conmovida y cariñosa.)* ¿Le da a usted mucha pena dejar esta casa? *(Alberto lanza un suspiro.)* ¡Una pena sincera! ¿No será un capricho, un

sentimiento pasajero el que le hace a usted ahora querer este pobre café? ¿No será porque acaba usted de sufrir alguna decepción en los grandes restaurantes de lujo?

ALBER. (*Mirándola.*) No, señorita... Yo he adorado siempre este café... Sí...; no me daba cuenta... Y si yo he volado un poco por los grandes restaurantes fáciles, ha sido para aturdirme, porque este café, tan pequeño, me parecía que estaba muy por encima de mi condición... Éra demasiado distinguido... Señorita... ¡Demasiado divino! (*Filiberto se seca los ojos con el paño.*)

LINA Pues bien, señor Alberto... (*Llorando.*) Ya que quiere usted tanto a este modesto café..., ya que su afección es seria... (*Llora.*), es sincera... Bueno... ¡No se vaya usted de este pobre café. (*Lloran los dos.*)

PAR. 1.º (*Hasta este momento habrá estado con las narices metidas en el periódico.*) ¿Pero es que no hay medio de que me sirva ese café?

FILIB. ¡Ahora mismo! ¡Ahora mismo! (*Deja la cafetera encima de la mesa, y en vez de ir a servir el café al Parroquiano, se aproxima al grupo de Lina y Alberto.*) ¿Y qué?

LINA Pues (*Mirando a Alberto.*) que se queda, papá...

FILIB. (*Incomodado.*) ¿Lo ves?... Le voy a tener que pagar veinte años, ¡veinte años!

ALBER. (*Sonriendo.*) ¡Oh, no señor! Veinte años no...

LINA No, papá. Veinte años no...

FILIB. (*Sonriendo.*) ¿Cuánto tiempo entonces? ¿Habéis transigido? (*Alberto mira a Lina.*)

LINA Sí, hemos transigido... ¡por toda la vida! (*Alberto la va a besar la mano. Lina le mira y le aproxima la cara. Alberto la besa. Lina, luego, abraza a su padre... En tanto, el Parroquiano se ha levantado muy despacito, ha cogido la cafetera y se sirve él mismo el café.*)

TELÓN